

# LOS PROFETAS DE ISRAEL Y SU MENSAJE

---

**José L. Sicre**

**2ª Parte**  
**¡PARA ARRANCAR Y ARRASAR!**  
*La denuncia*

## **Contenido:**

### **1. Una Historia de Pecado**

El doble pecado e Israel  
Historia de dos hermanas  
La historia de Jerusalén

### **2. La Manipulación de Dios**

La Alianza  
El Templo  
¡El Día del Señor!

### **3. La Injusticia Social**

3.1. La situación en Samaría  
3.2. La situación en Jerusalén  
3.3. Los problemas concretos  
3.4. Culto y justicia

### **4. El Imperialismo Militar**

4.1. Asiria  
4.2. Babilonia  
4.3. Persia  
4.4. Siria  
4.5. Conclusión

### **5. El Imperialismo Económico**

Contra Tiro  
Contra el rey de Tiro

## **PROLOGO**

Como indiqué en el Prólogo, el mensaje profético se puede organizar en torno a dos grandes núcleos: la denuncia y el anuncio. Con palabras de Jeremías, ¡para arrasar, edificar y plantar!.

En épocas anteriores, el estudio de los profetas se centró especialmente en el anuncio, considerándolos mensajeros del futuro y, sobre todo, anunciadores de la venida del Mesías, Jesús. Actualmente, quizás se subraye con más fuerza el aspecto de denuncia. Para muchos contemporáneos, el profeta es quien denuncia las injusticias sociales, económicas, el falso culto a Dios, etc.

Pero es importante no caer en una interpretación demasiado materialista y mundana de la denuncia profética. Para ellos, la dimensión religiosa es esencial en la vida del pueblo y del individuo. Dios es lo absoluto, lo más importante. Abandonarlo es el mayor pecado, y raíz de todos los otros males. Por eso, esta primera parte comienza con unas páginas sobre la historia de Israel como ¡Una historia de pecado!. Y sigue otro breve capítulo sobre ¡La manipulación de Dios! a través de las grandes verdades religiosas.

Sólo a la luz de esta ingratitud para con Dios adquieren pleno sentido los otros aspectos de la denuncia profética, que he sintetizado en ¡La injusticia social!, ¡El imperialismo militar! y ¡El imperialismo económico!.

He procurado en algunos momentos ofrecer sugerencias que ayuden a captar la actualidad del mensaje profético. Pero prefiero ser parco, y que el lector saque las consecuencias por su cuenta.

## 1. Una Historia de Pecado

Es frecuente entre nosotros hablar del Antiguo Testamento como ¡Historia de la salvación!. Y es exacto. Pero hace falta evitar un equívoco. ¡Historia de la salvación! no significa historia ideal, maravillosa, pletórica de portentos. Significa que Dios, a pesar de las infidelidades continuas de su pueblo, permanece fiel a él y siempre termina salvándolo. Ambos aspectos son esenciales: el amor de Dios y el pecado del pueblo. Porque sólo así se da auténtica historia de la ¡salvación!.

Los profetas no cayeron en las visiones idealizadas y simplistas que a veces se nos han transmitido a los cristianos. En todo caso, pecaron de pesimistas, subrayando la infidelidad continua de sus compatriotas. Sin embargo, considero más objetivo afirmar que su postura, aplicada al conjunto de la historia, se caracteriza por un profundo realismo, aunque acentúe los claroscuros del pasado. No lo hacían por desmitificar ni criticar destructivamente, sino con el deseo de invitar a la conversión.

Esta visión crítica del pasado ha dejado algunos poemas excelentes en Oseas, Jeremías y Ezequiel. Por desgracia, el primero se expresa a veces de forma tan condensada y oscura que prefiero no incluir sus textos en esta antología. Requieren un comentario demasiado extenso, que cae fuera de nuestra intención. Quien lo desee, puede leer de este profeta desde 9,10 hasta 14,1, ayudándose de algún comentario, que puede ser el de L. Alonso Schökel/ J.L. Sicre, Profetas II (Ediciones Cristiandad, Madrid 1980) 905-918. Aquí sólo recogeremos un poema de Jeremías y otros textos de Ezequiel.

### El doble pecado de Israel

(Jeremías 2,2-19)

Si exceptuamos el v.18 , que parece haber sido añadido por Jeremías posteriormente, el poema contiene ocho estrofas de cuatro versos cada una (versos hebreos en sentido literario, no ¡versículos!. Para facilitar al lector la comprensión de este extenso poema pondré títulos a cada estrofa.

#### 1È El amor inicial

Así dice el Señor:

Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia,  
cuando me seguías por el desierto, por tierra yerma.  
Israel era sagrada para el Señor, primicia de su cosecha:  
quien osaba comer de ella lo pagaba,  
la desgracia caía sobre él -oráculo del Señor-

#### 2È El olvido de Dios

Escuchad la palabra del Señor, casa de Jacob,  
tribus todas de Israel: Así dice el Señor:  
¿Qué delito encontraron en mí vuestros padres  
para alejarse de mí?  
Siguieron tras vaciedades y se quedaron vacíos,  
en vez de preguntar: ¿Dónde está el Señor?

(Las ¡vaciedades! es una referencia a los Baales, dioses cananeos de la fecundidad).

#### 3È Los beneficios divinos

El que nos sacó de Egipto y nos condujo por el desierto,

por estepas y barrancos, tierra sedienta y sombría,  
 tierra que nadie atraviesa, que el hombre no habita.  
 Yo os conduje a un país de huertos,  
 para que comieseis sus buenos frutos;  
 pero entrasteis y contaminasteis mi tierra,  
 hicisteis abominable mi heredad

#### 4È La culpa de los dirigentes

Los sacerdotes no preguntaban: ¿Dónde está el Señor?  
 Los doctores de la ley no me reconocían,  
 los pastores se rebelaron contra mí,  
 los profetas profetizaban en nombre de Baal,  
 siguiendo a dioses que de nada sirven.  
 por eso vuelvo a pleitear con vosotros  
 y con vuestros nietos pleitearé -oráculo del Señor-.

#### 5È El contraste con los otros pueblos

Navegad hasta las costas de Chipre y mirad,  
 despachad gente a Cadar y observad atentamente:  
 ¿Cambia un pueblo de dios? Y eso que no es dios.  
 Pues mi pueblo cambió su Gloria por el que no sirve.

6È Los dos grandes pecados  
 ¡Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos!  
 -oráculo del Señor-,  
 porque dos maldades ha cometido mi pueblo:  
 me abandonaron a mí, fuente de agua viva,  
 y se cavaron aljibes, aljibes agrietados,  
 que no retienen el agua.

#### 7È Consecuencias de la apostasía

¿Era Israel un esclavo o un nacido en esclavitud?  
 Pues, ¿cómo se ha vuelto presa de leones  
 que rugen contra él con gran estruendo?  
 Arrasaron su tierra, incendiaron sus poblados  
 hasta dejarlos deshabitados.  
 Incluso gente de Menfis y Tafnes  
 te raparon la coronilla.

#### 8È La amargura del pecado

¿No te ha sucedido todo esto  
 por haber abandonado al Señor tu Dios?  
 Tu maldad te escarmienta, tu apostasía te enseña:  
 Mira y aprende que es malo y amargo  
 abandonar al Señor, tu Dios, sin sentir miedo  
 -oráculo del Señor de los ejércitos-.

Este poema parece pertenecer a la primera etapa de Jeremías, cuando predicó a las tribus del Norte un mensaje de conversión y de esperanza. Exactamente un siglo antes, los asirios habían conquistado Samaría y deportado a 27.290 samaritanos, al mismo tiempo que traían extranjeros de otros pueblos para sustituirlos. El tema de la vuelta de los desterrados lo tratará el profeta en otro momento. Aquí nos ofrece una meditación histórica sobre la apostasía del Reino Norte, que tan trágicas consecuencias tuvo para él. Ya desde el principio se denuncian los dos pecados fundamentales: alejarse de Dios y seguir a los ídolos. Luego desarrolla la idea

con otras imágenes. Alejarse del Señor equivale a no preguntar por él, rebelarse contra él, abandonar la fuente de agua viva, no respetarle. La idolatría consiste en seguir vaciedades, profanar la tierra con cultos de fecundidad, profetizar por Baal, cavar aljibes agrietados. La expresión más lograda del pecado es ¡me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua!. Sustituir a Dios por cualquier realidad absurda y sin contenido.

Jeremías insiste en lo incomprensible que resulta el pecado. Dios no ha dado motivos ( ¡¿qué falta encontraron en mí vuestros padres?!), sino todo lo contrario (véase la estrofa 3É sobre los beneficios divinos); ningún pueblo abandona a su Dios; en sí misma, la apostasía es absurda.

También subraya las consecuencias del pecado: devastación de la tierra (estrofa 7É), en contraste con la espléndida tierra de huertos (estrofa 3º); amargura y tristeza (8□), en contraste con el amor y cariño iniciales (1É).

Se advierte la gran unidad del poema, incluso su estricta lógica, en medio de un estilo tan poético y apasionado. Su mensaje es de enorme actualidad para cualquiera de nosotros, ya que desvela la ingratitud y tragedia de nuestros pecados. Pero debemos evitar el peligro de contentarnos con una interpretación individualista. Jeremías no se refiere primordialmente a los pecados del individuo, sino a los de la colectividad, el pueblo de Dios. Estas palabras sólo pueden actualizarse reflexionando como Iglesia sobre nuestra situación. ¿Hemos abandonado a Dios para seguir a los ídolos? ¿Cuáles son nuestros ídolos? ¿Qué pérdidas nos han provocado? Me limito a dos sugerencias:

a) En los profetas anteriores al exilio es fundamental la idea de que no se puede servir a dos señores, Yavé y Baal (recordar el enfrentamiento protagonizado por Elías en el monte Carmelo: 1 Re 18,21). Este principio se actualiza a veces aplicándolo a la política: no es posible aliarse con Dios y aliarse con Egipto y Asiria. Se caería en una idolatrización de las grandes potencias. Tampoco es posible servir a Dios y a la riqueza, como dirán los mismos profetas y subrayará especialmente Jesús. Estas ¡reinterpretaciones! demuestran que la idolatría siempre tiene actualidad.

b) Aunque en nuestra situación de idolatría es posible que la mayor culpa la tengan los dirigentes (como dice Jeremías en la estrofa 4É), la actitud cristiana no debe ser de simple crítica demagógica; cada uno debe incluirse en el pecado y reconocer la necesidad de convertirse.

## Historia de dos hermanas

(Ezequiel 23,1-27)

El núcleo principal del extenso capítulo 23 se encuentra en los versos 1,-27, de los que conviene omitir en una primera lectura ciertos añadidos y glosas posteriores. Ezequiel, partiendo de la imagen de las dos hermanas (inspirada quizá en Jeremías 3,6-13), se remonta a los comienzos, presentando su tendencia a la fornicación desde entonces. Las dos hermanas representan a Israel y Judá, los dos reinos que se separaron a la muerte de Salomón. Lo más original del poema es que expone la historia de los dos pueblos desde el punto de vista de la idolatría, pero de una idolatría ¡política!, en la que se cae al divinizar a los grandes Imperios. Este poema lo he comentado más detenidamente en "Los dioses olvidados". "Poder y riqueza en los profetas preexílicos (Ed. Cristiandad, Madrid 1979) 73-77.

Introducción

Me vino esta palabra del Señor:

-Hijo de Adán, había dos mujeres

hijas de la misma madre;

fornicaron en Egipto, doncellas eran y fornicaron.

Allí tantearon sus pechos

y desfloraron su seno virginal.

Ohlá se llamaba la mayor y Oblibá su hermana.

Después fueron mías y dieron a luz hijos e hijas.

Historia de Ohlá (Israel)

Ohlá, siendo mía, fornicó y se enamoró de sus amantes:

guerreros vestidos de púrpura, gobernantes y regidores,

todos ellos galanes gallardos, jinetes cabalgando en corceles.

y fornicó con ellos, que eran la flor de los asirios.

Por eso la entregué en poder de sus amantes.  
Ellos desnudaron sus vergüenzas,  
le arrebataron sus hijos e hijas  
y a ella la mataron a espada.

Historia de Ohlibá (Judá)

Ohlibá, su hermana, que lo vio,  
se envició aún más que ella  
y fornicó más que su hermana.  
Vio grabados de hombres en las paredes,  
figuras de caldeos pintadas en bermellón,  
ceñidos los lomos con talabartes,  
tocados con turbantes las cabezas,  
todos con fachas de capitanes,  
fiel retrato de los babilonios,  
naturales de Caldea.  
Y se enamoró de ellos a primera vista  
y les envió mensajeros a Caldea.  
Y acudieron a ella los babilonios  
a su lecho de mancebía,  
contaminándola con sus fornicaciones,  
añorando su juventud,  
cuando se prostituía en Egipto.  
Y volvió a enamorar de sus rufianes,  
que tienen sexo de garañones  
y esperma de sementales.  
Por tanto, Ohlibá, esto dice el Señor:  
Mira, yo azuzo contra ti a tus amantes,  
de los que sentiste hastío;  
los traigo contra ti de todas partes;  
a los babilonios y a todos los caldeos,  
a Pecod y Soá y Coa.  
Vienen contra ti infantes y jinetes y carros,  
multitud de tropas;  
te cercan con escudos y adargas y yelmos;  
les encomiendo la justicia y ejecutarán en ti su sentencia.  
Descargaré sobre ti mi pasión  
y te tratarán con rabia;  
y te cercenarán nariz y orejas  
y tu prole caerá a espada.  
Pondré fin a tu infamia  
y el meretricio que comenzaste en Egipto;  
y no volverás a levantar los ojos a ellos  
ni a acordarte de Egipto.

En la introducción, las dos hermanas aparecen entregadas a una multiplicidad de amantes innominados, que luego son sustituidos por un único esposo. Y la pasión estéril da paso a un amor fructífero que produce hijos e hijas. Esencial en estos versos introductorios es la relación matrimonial que se establece entre los dos hermanas y Dios (¡fueron más!), ya que ofrece la clave de todo el poema.

Al lector puede extrañarle la desproporción tan grande entre la historia de Ohlá (Israel) y Ohlibá (Judá). Es fácil de entender si recordamos que Ezequiel es judío, y le interesa sobre todo el pecado de su pueblo. Pero lo más curioso es la manera de exponer la historia de ambos reinos. Ezequiel emplea como un filtro que oculta la visión de cualquier otro tema que no le interesa en este momento. Para él, lo importante es la relación entre Dios y sus esposas. Lo más grave que puede ocurrir es la infidelidad. Lo mismo habían dicho Oseas y Jeremías. Pero el peligro no lo representa ahora los dioses cananeos de fecundidad (los Baales), sino las grandes potencias (Asiria, Egipto, Babilonia).

El texto, famoso por la dureza de sus expresiones, puede provocar también en nosotros la idea de un Dios cruel y vengativo. Baste indicar por ahora que los libros proféticos deben leerse en conjunto. El castigo nunca es la última palabra, sino la salvación de Dios. Para entender rectamente la historia de Dios con las dos hermanas hay que esperar hasta el capítulo 37 de Ezequiel, cuando los dos reinos, simbolizados en este caso por dos varas, queden unidos en una sola realidad política, libres de pecado, y en unión estrecha con el Señor: ¡Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios! (37,23). Sobre esto volveremos más adelante.

Pero la esperanza de un futuro mejor no debe restar fuerza a la denuncia de un presente marcado por la culpa. Lo importante del texto de Ezequiel es que nos obliga a reflexionar sobre la diversidad de circunstancias en que podemos abandonar a Dios y fabricarnos ídolos. Las numerosas veces que la Iglesia se ha aliado con el poder político deben ser motivo de meditación y de arrepentimiento, porque ese poder, no obstante su hermosa apariencia y su pretendida utilidad, sólo ha servido para alejarnos de Dios y traernos muchos males.

## La historia de Jerusalén

(Ezequiel 16)

¿Qué significa Jerusalén para un judío? ¡La ciudad de nuestro Dios, su monte santo!, ¡altura hermosa, alegría de toda la tierra!, responde el Salmo 48. Algo tan querido que sólo se puede admirar y desearle la paz (Salmo 122). Desde que David conquistó Jerusalén, la elección divina de la ciudad pasó a convertirse en uno de los pilares religiosos de Judá. Entre los profetas no faltaron voces críticas, como las de Isaías y Miqueas, que pusieron en guardia frente a esta exaltación apasionada de Jerusalén, que podía pasar por alto sus numerosos crímenes. Pero fue Ezequiel quien adoptó la postura más dura. Se remonta a los orígenes y, continuo de Dios, al que la capital siempre responde con nuevas infidelidades. De este larguísimo capítulo recojo sólo los versos que Zimmerli atribuye al poema original.

¡Jerusalén!

Eres cananea de casta y de cuna:  
tu padre era amorreo y tu madre era hitita.  
El día en que naciste,  
no te cortaron el ombligo,  
no te bañaron ni frotaron con sal,  
ni te envolvieron en pañales  
Nadie se apiadó de ti  
haciéndote uno de estos menesteres,  
por compasión,  
sino que te arrojaron a campo abierto,  
asqueados de ti,  
el día en que naciste.

Pasando yo a tu lado, te vi  
chapoteando en tu propia sangre,  
y te dije mientras yacías en tu sangre:  
¡Sigue viviendo y crece como brote campestre!  
Creciste y te hiciste moza,  
llegaste a la sazón;  
tus senos se afirmaron  
y el vello te brotó,  
pero estabas desnuda y en cueros.

Pasando de nuevo a tu lado, te vi  
en la edad del amor;  
extendí sobre ti mi manto  
para cubrir tu desnudez;  
te comprometí con juramento,  
hice alianza contigo  
-oráculo del Señor-  
y fuiste mía:

Te bañé, te limpié la sangre,  
y te ungué con aceite.  
Te vestí de bordado.  
Te calcé de marsopa;  
te ceñí de lino,  
te revestí de seda.  
Te engalané con joyas:  
te puse pulseras en los brazos  
y un collar al cuello.  
Te puse un anillo en la nariz,  
pendientes en las orejas  
y diadema de lujo en la cabeza.  
Lucías joyas de oro y plata  
y estabas lindísima.

Te sentiste segura en tu belleza  
y amparada en tu fama fornicaste  
y te prostituiste con el primero que pasaba.  
En las encrucijadas instalabas tus puestos  
y envilecías tu hermosura;  
abriéndote de piernas al primero que pasaba,  
continuamente te prostituías.

Por eso, prostituta  
escucha la palabra del Señor:  
Voy a reunir a todos tus amantes.  
te entregaré en sus manos:  
derribarán tus alcobas,  
demolerán tus puestos;  
te quitarán los vestidos,  
te arrebatarán las alhajas,  
dejándote desnuda y en cueros.  
Traerán un tropel contra ti  
que te apedreará  
y te descuartizará a cuchilladas,  
Prenderán fuego a tus casa,  
y ejecutarán en ti la sentencia  
en presencia de muchas mujeres.

El desarrollo del poema primitivo es muy simple. Jerusalén no tiene motivo alguno del que gloriarse por su origen: ¡cananea de casta y de cuna!, sin que nadie se preocupase por ella el día de su nacimiento. Pero, en medio de este abandono, tiene lugar lo extraordinario. Dios que pasa junto a ella, la cuida y más tarde se enamora, engalanándola como a una novia. Pero Jerusalén olvida sus beneficios y se vuelca en multitud de amantes, mereciendo por ello el castigo. El mismo Ezequiel, o discípulos suyos, concretaron más tarde este tema de la traición a Dios: culto a ídolos paganos, sacrificios humanos, alianzas políticas con egipcios, asirios y babilonios. Luego se compara a Jerusalén con Samaría, ¡que no pecó ni la mitad que tú! (versos 46-58, omitidos aquí).

Pero todas estas concreciones, necesarias sin duda, no deben distraer la atención de la idea central: a los beneficios de Dios, Jerusalén ha respondido con toda clase de infidelidades. A partir de aquí, todos debemos recorrer nuestra propia historia, como individuos y como Iglesia.

El poema se completó finalmente con unas palabras de esperanza y de perdón, meta última de toda reflexión sobre el pecado:

Pero yo me acordaré de la alianza  
que hice contigo cuando eras joven  
y haré contigo una alianza eterna.

Yo mismo haré alianza contigo

y sabrás que yo soy el Señor,  
 para que te acuerdes y te sonrojes  
 y no vuelvas a abrir la boca de vergüenza,  
 cuando yo te perdone todo lo que hiciste  
 -oráculo del Señor- (16,60.62-63)

## 2. La Manipulación de Dios

En un breve pero interesante artículo sobre ¡La realidad de Dios! y el problema de la idolatría afirmaba Gerhard von Rad: ¡Precisamente el hombre piadoso es el que corre más peligro de configurar a Dios a su imagen o según otra imagen!. Y añade poco después: ¡También los cristianos corremos el peligro incesante de creer en mitos y adorar imágenes. No existe ni una sola verdad de fe que no podamos manipular idolátricamente!

En mi libro Los dioses olvidados. Poder y riqueza en los profetas preexílicos (Ediciones Cristiandad, 1979) he intentado demostrar cómo los profetas detectaron una actitud idolátrica en la confianza que el pueblo ponía en las grandes potencias y en el dinero. Pero no es éste el tema que ahora nos ocupa. La idolatría tiene dos vertientes: una que se orienta contra el primer mandamiento (¡no tendrás otros dioses frente a mí!) y otra que se dirige contra el segundo mandamiento: La prohibición de fabricar imágenes de Yavé. Aunque se ha discutido mucho sobre el sentido de esta prohibición, la interpretación más aceptada es que intenta impedir la manipulación de Dios. Cuando uno construye una imagen corre siempre el peligro de manipular a la divinidad. Si concede lo que se le pide, se la premia ofreciéndole incienso y perfumes, unido con aceite, presentándole ofrendas. Si niega sus dones, se la castiga privándola de todo eso.

Esta mentalidad antigua, que los israelitas quisieron evitar, pervive todavía en algunos reductos cristianos, aunque sean escasos. Pero existen formas más graves de manipular a Dios. Como indica Von Rad, ¡no existe ni una sola verdad de fe que no podamos manipular idolátricamente!. En este error cayeron numerosos israelitas y judíos, y los profetas se vieron obligados a denunciarlos.

Este capítulo será breve, pero sus afirmaciones son muy duras y deben hacernos reflexionar a todos. Me limitaré a cuatro temas, aparentemente muy distintos, pero que reflejan todos ellos una falsa seguridad religiosa y un intento de manipular a Dios: el Exodo, la Alianza, el Templo y el ¡Día del Señor!.

Si existe una verdad capital en la religión de Israel y en su idea de la historia de la salvación es el Exodo. La confesión de que ¡el Señor nos sacó de Egipto!, atraviesa todo el Antiguo Testamento. ¡Yo soy el Señor, tu Dios. Yo te saqué de Egipto, de la esclavitud!, es la solemne introducción histórica al Decálogo (Ex 20,2; Dt 5,6). Y el tema resuena en los salmos (135,8; 136,10-15), aparece en boca de paganos como Rajab (Jue 2,10) y Ajjor (Jdt 5,10-14), es objeto de profunda reflexión por parte del autor del libro de la Sabiduría.

Pero, como todas las verdades, también este dogma se presta a falsas interpretaciones, que provocan una falsa seguridad religiosa. Como si Dios se hubiese comprometido de forma definitiva y exclusiva con Israel, y éste pudiese abusar de dicho privilegio.

La denuncia más enérgica de esta postura se encuentra en el libro de Amós. Se trata de un pasaje muy breve, pero tan radical que debió resultar blasfemo a sus oyentes y lectores:

¿No sois para mí como etíopes, israelitas?

-oráculo del Señor-

Si saqué a Israel de Egipto,  
 saqué a los filisteos de Creta  
 y a los sirios de Quir (Am 9,7).

Es imposible decir algo tan duro en menos palabras. De un golpe, Amós tira por tierra todo privilegio. Lo que Israel considera como un episodio único y exclusivo en la historia universal, su salida de Egipto, es puesto al mismo nivel de las emigraciones de filisteos y sirios, precisamente esos pueblos que fueron de los mayores enemigos de Israel. Amós no niega la intervención de Dios en Egipto; pero la amplía a la historia de todos los países. No desmitifica la historia de Israel, sino que hace sagrada toda la historia universal, eliminando con ello presuntos privilegios del que se considera ¡pueblo elegido!.

Para que comprendamos lo blasfemas que debieron de sonar estas palabras en oídos israelitas propongo la siguiente actualización, aun con riesgo de aparecer como hereje:

¡¿No sois para mí  
 como los demás hombres cristianos?  
 si a vosotros os envié a Jesús,



a los musulmanes les envié a Mahoma  
y a los budistas les envié a Buda!

El que nos pongan a Jesús al mismo nivel que Mahoma o Buda, nos resulta hiriente, a pesar de todo el respeto que podamos sentir por esos personajes. Algo parecido ocurriría a los israelitas. Pero lo que el profeta pretende no es herir la sensibilidad, sino hacer caer en la cuenta de una verdad profunda. Que las confesiones de fe, los dogmas, son palabras totalmente vacías cuando no se vive de acuerdo con ellas. Con palabras de Jesús: ¡No basta decirme: '¡Señor, Señor!' para entrar en el reino de los cielos; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo! (Mateo 7,21). La confesión de Jesús como ¡el Señor! es capital en el Nuevo Testamento, la que nos salva. Pero no automáticamente, de forma mágica, sino unida a una vida conforme con esa confesión.

## La Alianza

Estrechamente unida al éxodo está la idea de la Alianza. Es el momento capital que sigue a la salida de Egipto; sellada en el Sinaí, por ella Yavé se compromete a ser ¡el Dios de Israel! y éste se compromete a ser ¡el pueblo del Señor!. Unión tan estricta se presta de nuevo a ser interpretada como un privilegio, que garantiza contra toda amenaza futura. Y, aunque el Antiguo Testamento insiste continuamente en que esta alianza quedará rota si el pueblo no cumple sus cláusulas (los mandamientos), en el pueblo pervivió la idea de un compromiso incondicional por parte de Dios, que le ataba las manos para cualquier castigo. Frente a esta opinión se alza de nuevo Amós, que ve en la alianza no un motivo para sentirse seguro, sino un argumento para mayor responsabilidad.

Escuchad, israelitas, esta palabra  
que os dice el Señor;  
a todas las tribus que saqué de Egipto:  
A vosotros solos os escogí  
entre todas las tribus de la tierra.  
Por eso os tomaré cuentas  
de todos vuestros pecados (Am 3,1-2)

## El Templo

A diferencia del Éxodo y la Alianza, el Templo no es una verdad de fe, un dogma. Pero, como espacio sagrado especialmente elegido por Dios, se presta también a una confianza idolátrica. La mayor denuncia de este hecho la encontramos en Jeremías. Se trata de un duro enfrentamiento con la mentalidad oficial, que estuvo a punto de costarle la vida, como indica el capítulo 26, que recoge las circunstancias históricas que rodearon al discurso.

Aquí nos limitaremos a reproducir las palabras del profeta, contenidas en el capítulo 7,1-15. Es posible que el discurso haya sufrido ampliaciones posteriores de los discípulos, pero es preferible reproducir el texto actual, renunciando a hipotéticas reconstrucciones del discurso original.

Palabra del Señor que recibió Jeremías:  
Ponte a la puerta del templo y proclama allí:  
Escuchad judíos, la palabra del Señor,  
los que entráis por estas puertas a adorar al Señor.  
Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:  
Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones,  
y habitaré con vosotros en este lugar;  
no os hagáis ilusiones con razones falsas, repitiendo:  
¡el templo del Señor, el templo del Señor,  
el templo del Señor!.  
Si enmendáis vuestra conducta y vuestras acciones,  
si juzgáis rectamente los pleitos,  
si no explotáis al emigrante, al huérfano y a la viuda,  
si no derramáis sangre inocente en este lugar,  
si no seguís a dioses extranjeros, para vuestro mal,  
entonces habitaré con vosotros en este lugar,

en la tierra que di a vuestros padres,  
 desde antiguo y para siempre.  
 Os hacéis ilusiones con razones falsas, que no sirven:  
 ¿de modo que robáis, matáis, cometéis adulterio,  
 juráis en falso, quemáis incienso a Baal,  
 seguís a dioses extranjeros y desconocidos,  
 y después entráis a presentaros ante mí  
 en este templo que lleva mi nombre,  
 y decís: ¡Estamos salvados!,  
 para seguir cometiendo tales abominaciones?  
 ¿Creéis que es una cueva de bandidos  
 este templo que lleva mi nombre?  
 Atención, que yo lo he visto - oráculo del Señor-.  
 Andad, id a mi templo de Siló,  
 al que di mi nombre antaño,  
 y mirad lo que hice con él,  
 por la maldad de Israel, mi pueblo.  
 Pues ahora, por haber cometido tales acciones  
 -oráculo del Señor-,  
 porque os hablé sin cesar y no me escuchásteis,  
 porque os llamé y no me respondisteis,  
 por eso trataré al templo que lleva mi nombre,  
 y os tiene confiados,  
 y al lugar que di a vuestros padres y a vosotros  
 lo mismo que traté a Siló;  
 a vosotros os arrojaré de mi presencia,  
 como arrojé a vuestros hermanos,  
 la estirpe de Efraín.

Si, con la mayoría de los comentaristas, identificamos este discurso con el que se menciona en el capítulo 26, podemos decir que tuvo lugar ¡al comienzo del reinado de Joaquín! (Jer 26,1), es decir, el año 609 a.C. El momento histórico es muy grave. El rey Josías, en el que el pueblo había depositado tantas esperanzas, ha muerto pocos meses antes en la batalla de Meguido. Su sucesor, Joacaz, sólo reina tres meses, ya que al cabo de ese tiempo los egipcios, lo destronan y deportan, nombrando rey a su hermano, el cruel Joaquín.

En estos momentos de tensión e incertidumbre, el pueblo pone su confianza en ¡el templo del Señor!. Creen que garantiza la seguridad de Jerusalén. Pero Jeremías tira por tierra tales esperanzas, basadas ¡en razones que no sirven!. Los judíos conciben el templo como una cueva de ladrones, en la que pueden refugiarse después de robar, asesinar y cometer adulterio. (Nos viene a la memoria la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones). Y Dios no tolera esta mentalidad. El no se compromete con un espacio físico, sino con una forma de conducta ética y religiosa. Por eso, si el pueblo no cambia, el destino del templo de Jerusalén será idéntico al del antiguo templo de Siló, el más importante en la época de los Jueces, pero que terminó borrado de la historia.

## ¡El Día del Señor!

No estamos ahora ante un dogma, sino ante una tradición que arraiga con gran fuerza en Israel, provocando muchos malentendidos. Aunque es difícil rastrear los orígenes del tema, resulta indudable que los israelitas del siglo VIII a.C., contemporáneos de Amós, esperaban que el Señor se manifestase de forma grandiosa para exaltar a su pueblo y ponerlo a la cabeza de las naciones. Esto ocurriría ¡el día del Señor!. Y la expresión condensa toda una serie de discutibles privilegios y falsas esperanzas.

Amós se enfrenta a ellas poniendo una concepción totalmente distinta:  
 ¡Ay de los que ansían el día del Señor!  
 ¿De qué os servirá el día del Señor  
 si es tenebroso y sin luz?

Como cuando huye uno del león y topa con el oso,  
o se mete en casa, apoya la mano en la pared  
y le pica la culebra.  
¿No es el día del Señor tenebroso y sin luz,  
oscuridad sin resplandor? (Am 5,18-20).  
Aquel día -oráculo del Señor-  
haré ponerse el sol a mediodía  
y en pleno día oscureceré la tierra.  
Convertiré vuestras fiestas en duelo,  
vuestror cantos en elegías,  
vestiré de sayal toda cintura  
y dejaré calva toda cabeza;  
les daré un duelo como por el hijo œnico,  
el final será un día trágico (Am 8,9-10).

### 3. La Injusticia Social

Uno de los aspectos más importantes y actuales del mensaje profético lo constituye su denuncia de las injusticias. El tema lo he tratado ampliamente en mi libro: Con los pobres de la tierra. La justicia social en los profetas de Israel (Ediciones Cristiandad, 1985), al que me remito para mayor profundización. Tres profetas son especialmente famosos por su crítica social: Amós, Isaías y Miqueas. Pero, prescindiendo de la fama, también Oseas, Jeremías, Ezequiel, Zacarías y otros profetas anónimos le concedieron gran importancia. Es difícil seleccionar un material tan abundante y presentarlo de forma coherente. La mejor solución que se me ocurre es presentar ante todo los textos referentes a las capitales de los dos reinos (Samaría y Jerusalén); lo que ocurre en ellas es síntoma y causa de las injusticias que se dan en el resto del país. Luego descenderemos a los problemas concretos tratados por los profetas.

La exposición quedaría incompleta si no hablásemos también de la solución que entrevén para dichos problemas. Algo insinuaremos sobre ellos, pero un tratamiento más detenido lo dejamos para la parte final de esta obra cuando hablemos de la esperanza profética, especialmente de la figura del Mesías.

#### 3.1. La situación en Samaría

A lo largo de sus dos siglos de existencia (931-720), el Reino Norte, Israel, contó con tres capitales, que se fueron sucediendo como residencia de los reyes. Tras un breve período en Siquén, la capital se trasladó a Tirsá, hasta que Omrí, en el siglo IX, construyó Samaría. Esta fue la última y más importante de todas, además de la más lujosa. Este lujo se consiguió, inevitablemente, a costa de los sectores más modestos de la población, especialmente del campesinado, que atravesó un momento muy difícil en el siglo VIII a.C.

Oseas, profeta del Reino Norte, no se fija especialmente en este tema, ya que le preocupan más las continuas revueltas y luchas de partidos que se entablan en su época. Pero Amós, judío de origen, enviado por Dios a predicar en Israel, nos ofrece su punto de vista sobre la capital. El texto, enigmático para un lector moderno, adquiere enorme fuerza con una sencilla explicación.

Pregonad en los palacios de Asdod  
y en los palacios de Egipto:  
Reuníos en los montes de Samaría,  
contempladla sumida en el terror,  
repleta de oprimidos.  
No saben obrar rectamente -oráculo del Señor-  
los que atesoran violencia  
y robo en sus palacios (Am 3,9-10)

Amós nos presenta a Samaría como un gran escenario en el que se representa una obra que comenzó hace años. Pero sólo puede entenderla un público especializado en la materia. Por eso comienza invitando a los filisteos (Asdod) y egipcios. Para los israelitas, estos dos pueblos son enemigos tradicionales, prototipos de la opresión. Los egipcios oprimieron a Israel antes del Éxodo; los filisteos, cuando se establecieron en Canaán. A este público, entendido en oprimir, invita Amós para que contemple un espectáculo de opresión. En la escena

se distinguen dos grupos: el de los oprimidos y el de los que atesoran. Los primeros son víctimas pasivas de la injusticia. Los segundos se benefician de ella.

Lo más sorprendente del pasaje es cómo juega Amós con el elemento ¡sorpresa!. Frente a lo que podríamos llamar una visión ¡turística!, él ofrece la visión ¡profética!. Unos espectadores invitados a visitar Samaría habrían escrito algo muy distinto. Se sentirían admirados de su riqueza, su lujo, sus espléndidos palacios construidos con piedras sillares. Amós no descubre una ciudad próspera y en paz, sino sumida en el terror. El turista admiraría el lujo de las grandes familias, su habilidad financiera, su sabiduría humana, sus espléndidos edificios repletos de objetos caros y lujosos. Amós desvela el trasfondo de mentira, de violencia criminal que los rodea. No son dignos de admiración, sino de desprecio y de castigo.

A lo largo del libro desarrolla en rápidas pinceladas este juicio sintético y global:

Así dice el Señor: A Israel, por tres delitos  
y por cuatro, no lo perdonaré.  
Porque venden al inocente por dinero  
y al pobre por un par de sandalias;  
pisotean a los pobres  
y evitan el camino de los humildes;  
un hombre y su padre abusan de la criada;  
se acuestan sobre ropas dejadas en fianza  
junto a cualquier altar,  
beben vino de impuestos  
en el templo de su Dios (Am 2,6-8).

Cada una de estas frases exigiría un extenso comentario. Limitémonos a la idea capital: los más débiles desde el punto social y económico son maltratados, humillados, incluso vendidos como esclavos, por parte de personas sin escrúpulos, que a sus injusticias añaden el descaro de cometerlas incluso en el templo, ¡junto a cualquier altar!

Estos poderosos pueden permitirse toda clase de lujos:  
Os acostáis en lechos de marfil, arrellanados en divanes;  
coméis carneros del rebaño y terneras del establo;  
vociferan al son del arpa,  
inventan, como David, toda clase de cantos.  
Beben vino en copas,  
se ungen con perfumes exquisitos  
y no se duelen del desastre de José (Am 6,4-6).

Y este lujo encubre una actitud de codicia, que hace olvidarse de Dios y del prójimo, como indica el oráculo contra los comerciantes:

Escuchad esto, los que pisoteáis a los pobres  
y arruináis a los indigentes,  
pensando: ¿Cuándo pasará la luna nueva  
para vender el trigo,  
y el sábado para ofrecer el grano  
y vender incluso el salvado del trigo?  
Encogéis la medida, aumentáis el precio  
y usáis balanza con trampa;  
compráis por dinero al desvalido  
y al pobre por un par de sandalias.  
Jura el Señor por la gloria de Jacob  
no olvidar jamás lo que han hecho (Am 8,4-7).

En este caos social, la institución más responsable es la encargada de la administración de la justicia. De ella depende que los pobres triunfen en sus reivindicaciones justas, o que se los oprima y explota mediante decisiones arbitrarias.

Ay de los que convierten el derecho en ajenjo  
y tiran por tierra la rectitud.  
Oodian al que interviene con valor en el tribunal  
y detestan al que depone exactamente.  
Pues por haber impuesto tributo al indigente,  
exigiéndole cargas de grano,

si construís casas sillares, no las habitaréis;  
 si plantáis viñas selectas, no beberéis de su vino.  
 Sé bien vuestros muchos crímenes  
 e innumerables pecados:

estrujáis al inocente, aceptáis sobornos,  
 atropelláis a los pobres en el tribunal (Am 5,7.10-12).

Piensen bastantes comentaristas que todas estas injusticias tienen una meta: eliminar a los campesinos pobres, reduciéndolos a la miseria, para apoderarse de sus campos y que los poderosos puedan hacerse con grandes latifundios. La teoría resulta bastante verosímil. Pero nos interesa más constatar que esta actitud va acompañada de una intensa preocupación por el culto, como si Dios se contentase con peregrinaciones, víctimas y ofrendas, mientras los pobres son pisoteados. Amós aborda a veces el problema con profunda ironía:

Marchad a Betel a pecar,  
 en Guilgal pecad de firme:  
 ofreced por la mañana vuestros sacrificios  
 y al tercer día vuestros diezmos;  
 ofreced ázimos, pronunciad la acción de gracias,  
 anunciad dones voluntarios,  
 que eso es lo que os gusta, israelitas  
 -oráculo del Señor- (Am 4,4-5).

Como si fuese un sacerdote apasionado por el culto, Amós invita a acudir a los santuarios más famosos (Betel, Guilgal), anima a ofrecer sacrificios, diezmos, ázimos, dones voluntarios. Pero estas peregrinaciones sólo sirven para ¡pecar! y ¡aumentar los pecados!, porque no responden a la voluntad de Dios, sino al gusto de los israelitas. Para comprender la ironía y el escándalo que debieron provocar en los oyentes estas palabras del profeta ofrezco una posible actualización:

Marchad a Santiago y pecad,  
 en el Pilar aumentad los pecados.  
 Acudid a misa todos los días,  
 ofreced vuestras velas y ofrendas;  
 encended el botafumeiro,  
 que ardan los incensarios,  
 que eso es lo que os gusta, católicos  
 -oráculo del Señor-.

En otras ocasiones, Amós no sigue el camino de la ironía. Critica duramente, pero con ansias de instruir sobre la recta voluntad de Dios:

Detesto y rehusó vuestras fiestas,  
 no me aplacan vuestras reuniones litúrgicas;  
 por muchos holocaustos y ofrendas que me traigáis,  
 no los aceptaré ni miraré vuestras víctimas cebadas.  
 Retirad de mi presencia el barullo de los cantos,  
 no quiero oír la música de la cítara.  
 Que fluya como agua el derecho  
 y la justicia como arroyo perenne (Am 5,21-24).

No se trata de que Amós odie al culto. A los comerciantes los ha denunciado por su desprecio de las fiestas religiosas, que les impiden la actividad económica. Lo que el profeta no acepta es un culto acompañado de terribles injusticias, como si a Dios le interesase más recibir ofrendas que el bienestar de los pobres. Sólo en el amor a los hermanos más débiles se muestra el auténtico amor a Dios.

### 3.2. La situación en Jerusalén

Para conocer las injusticias de Samaría sólo contamos con el testimonio de Amós. El caso de Jerusalén es distinto, porque Isaías, Miqueas, Jeremías y Ezequiel nos ponen en contacto con ellas. Cada cual lo enfoca a su manera, pero todos coinciden en denunciar la situación.

## LA CIUDAD INFIEL (Is 1,21-26)

¡Cómo se ha vuelto una ramera la Villa Fiel!  
 Antes llena de derecho, morada de justicia,  
 y ahora de asesinos.  
 Tu plata se ha vuelto escoria,  
 tu cerveza está aguada;  
 tus jefes son rebeldes, socios de ladrones;  
 todos amigos de sobornos, en busca de regalos.  
 No defienden al huérfano,  
 no se encargan de la causa de la viuda.  
 Oráculo del Señor de los ejércitos,  
 el héroe de Israel:  
 Tomaré satisfacción de mis adversarios,  
 venganza de mis enemigos.  
 Volveré mi mano contra ti:  
 te limpiaré de escoria con potasa  
 separaré de ti la ganga.  
 Te daré jueces como los antiguos,  
 consejeros como los de antaño.  
 Entonces te llamarás Ciudad Justa, Villa Fiel.

El diagnóstico de Isaías se asemeja al que muchos contemporáneos emiten sobre nuestra sociedad. Vivimos en un mundo que ha traicionado y abandonado a Dios, infiel, falso. Pero los motivos parecen distintos. ¿En qué pensamos nosotros al decir que el mundo ha abandonado a Dios, ha perdido la fe, etc.? ¿En iglesias vacías? ¿En poco interés por la doctrina tradicional? ¿Inmoralidad? ¿Qué tipo de inmoralidad?

Para Isaías, Jerusalén ha traicionado a Dios porque ha traicionado a los pobres. Y esta traición la llevan a cabo las autoridades (¡tus jefes!), que se encuentran ante dos grupos sociales: los ricos, que se han enriquecido robando (estamos ante un caso manifiesto de demagogia profética) y los pobres, representados por los seres más débiles de la sociedad, huérfanos y viudas. Los primeros pueden ofrecer dinero antes de que se trate un problema y recompensar con regalos los servicios prestados. Los segundos no pueden ofrecer nada; sólo pueden pedir que se les escuche. Ante esta diferencia, las autoridades se asocian con los ricos/ladrones.

Comparada con la visión que tiene Amós de Samaría, la de Isaías es más compleja e interesante. Habla de quienes acumulan tesoros robando; en esto coincide con Amós. Pero detecta una causa profunda: los ricos pueden robar porque las autoridades se lo permiten. Y éstas lo permiten porque están dominadas por el afán de lucro. Con ello se convierten en ¡rebeldes!; traicionan su profesión, traicionan a los pobres y traicionan a Dios.

Por eso la solución deberá venir en una línea institucional, eliminando a esas autoridades y nombrando en Jerusalén ¡jueces como los antiguos, consejeros como los de antaño!.

## PROSPERIDAD A BASE DE CRIMENES (Miqueas 3,9-12)

Miqueas, contemporáneo de Isaías, es mucho más duro cuando habla de Jerusalén.  
 Escuchadme, jefes de Jacob, príncipes de Israel:  
 vosotros que detestáis la justicia  
 y torcéis el derecho,  
 edificáis con sangre a Sión,  
 a Jerusalén con crímenes.  
 Sus jefes juzgan por soborno,  
 sus sacerdotes predicán a sueldo,  
 sus profetas adivinan por dinero  
 y encima se apoyan en el Señor diciendo:  
 ¿No está el Señor en medio de nosotros?

No nos sucederá nada malo.  
 Pues por vuestra culpa Sión será un campo arado,  
 Jerusalén será una ruina,  
 el monte del Señor un cerro de breñas.

Este oráculo, uno de los más duros y famosos del Antiguo Testamento, comienza denunciando a las autoridades por sus sentimientos (¡detestáis la justicia!) y su actitud global (¡torcéis el derecho!). Pero a estos temas ya conocidos añade algo nuevo: esas personas tienen un centro de interés: Sión-Jerusalén. Se preocupan por ella, quieren mejorar y ampliar la capital. Para un campesino como Miqueas, Jerusalén debía de ser un gran espectáculo:

Dad vueltas en torno a Sión  
 contando sus torreones;  
 fijaos en sus baluartes,  
 observad sus palacios (Salmo 48,13-14).  
 Y debía resultar fácil inculcarle los sentimientos del Salmo 122:  
 ¡Qué alegría cuando me dijeron:  
 ¡Vamos a la casa del Señor!!  
 Ya están pisando nuestros pies  
 tus umbrales, Jerusalén.  
 Jerusalén está construida como ciudad bien trazada (...).  
 En ella están los tribunales de justicia,  
 en el palacio de David.  
 Desead la paz a Jerusalén:  
 ¡Los que te quieren vivan tranquilos,  
 haya paz dentro de tus muros,  
 tranquilidad en tus palacios!.  
 En nombre de mis hermanos y compañeros,  
 te saludo con la paz;  
 por la casa del Señor, nuestro Dios,  
 te deseo todo bien.

Pero Miqueas no pertenece a este grupo. No ama Jerusalén, ni sus edificios ni su progreso. No cree en sus tribunales de justicia. No se siente contento de estar en la ciudad. No desea su paz. Porque, igual que Amós, no es un turista ni un peregrino. Es un profeta, que descubre el revés de la trama. Prosperidad y progreso están contruidos con la sangre de los pobres, a base de injusticias.

No sabemos a qué hechos concretos se refiere: quizá a los trabajos forzados, sin remuneración, a que las autoridades someten al pueblo para llevar a cabo su actividad constructora (algo parecido a lo que hará el rey Joaquín un siglo más tarde y denunció Jeremías); quizá a los duros tributos que hacen posible el esplendor de la capital. En cualquier caso, se trata de medidas crueles, criminales y sangrientas.

¿Cómo ha podido llegarse a esta situación de injusticia? Porque la codicia se adueña de todos, incluso de los responsables religiosos. Al ritmo del dinero danzan todas las personas importantes de Jerusalén. Y lo más grave es que encima presumen de religiosos e invocan la presencia de Dios para sentirse seguros. Cometan el pecado que más tarde denunciará Jesús: pretenden dar culto a Dios y al dinero. Pero sólo reservan para Dios las palabras; las obras y los corazones están lejos de él, centrados en la ganancia.

#### LA CIUDAD CRIMINAL E INCORREGIBLE (Sofonías 3,1-7)

Un siglo después de Isaías y Miqueas la situación no ha cambiado, como lo demuestran estas palabras de Sofonías, profeta de la segunda mitad del siglo VII a.C.

¡Ay de la ciudad rebelde, manchada y opresora!  
 No obedeció ni escarmentó.  
 No confiaba en el Señor ni acudía a su Dios.  
 Sus príncipes en ella eran leones rugiendo;  
 sus jueces, lobos a la tarde, sin comer desde la mañana;  
 sus profetas, unos temerarios, hombres desleales;  
 sus sacerdotes profanaban lo sacro, violentaban la ley.

En ella está el Señor justo, que no comete injusticia;  
 cada mañana establece su derecho, al alba sin falta;  
 pero el criminal no reconoce su culpa.  
 Aniquilé naciones, derruí sus almenas,  
 llené de escombros sus calles para que nadie transitase,  
 quedaron arrasadas sus ciudades, sin hombres, sin habitantes.  
 Pensé: ¡Ahora me temerás, escarmentarás!,  
 no perderá de vista todo lo que he decretado contra ella.  
 Pero ellos madrugaban para prevenir sus acciones.

Sofonías, como Isaías, concreta especialmente la ¡rebeldía! contra Dios en el terreno social. Y hay grupos especialmente responsables: las autoridades civiles, judiciales, religiosas. Las acusaciones del profeta resultan bastante vagas. Nos gustaría encontrar referencias a hechos concretos. Sofonías no cae en esa tentación. Lo que denuncia no son actos aislados, aunque frecuentes, sino una actitud global.

#### LA CIUDAD SANGUINARIA (Ezequiel 22,23-31)

Me vino esta palabra del Señor:  
 Hijo de Adán, dile a Jerusalén:  
 Eres tierra no limpiada ni llovida  
 en el día de mi furor.  
 Sus príncipes dentro de ella  
 eran león que ruge al desgarrar la presa;  
 devoraban a la gente,  
 arrebatában riquezas y objetos preciosos,  
 multiplicaban dentro de ella el número de viudas.  
 Sus sacerdotes violaban mi ley  
 y profanaban mis cosas santas;  
 no separaban lo sacro de lo profano,  
 ni declaraban lo que es puro o es impuro.  
 Ante mis sábados cerraban los ojos  
 y así fui profanado en medio de ellos.  
 Sus gobernantes dentro de ella  
 eran lobos que desgarran la presa  
 derramando sangre y eliminando  
 gente para enriquecerse.  
 Sus profetas eran enjabelgadores,  
 que les engañaban con visiones falsas y vaticinios,  
 diciendo: ¡Así dice el Señor!,  
 cuando el Señor no hablaba.  
 Los terratenientes cometían  
 toda clase de atropellos y robos,  
 explotaban al pobre y al indigente  
 y trataban injustamente al emigrante.  
 Busqué entre ellos uno que levantara una cerca,  
 que por amor a la tierra  
 aguantara en la brecha frente a mí,  
 para que yo no la destruyera;  
 pero no lo encontré.  
 Entonces derramé mi furor sobre ellos,  
 los consumí en el fuego de mi furia;  
 di a cada uno su merecido -oráculo del Señor-.

El poema, escrito después de la destrucción de Jerusalén por los babilonios en el año 586 a.C., intenta justificar esta tragedia. Las causas que aduce el profeta en nombre de Dios son preponderantemente de tipo social, denunciando las injusticias de cinco grupos: príncipes, sacerdotes, gobernantes, falsos profetas y



terratenientes. Lo que Sofonías decía con simples metáforas, Ezequiel lo recoge y concreta, ampliándolo con la mención de los terratenientes. De estas personas importantes esperaba Dios que intercedieran por el país y lo protegieran con su buena conducta de la posible amenaza divina. Se presupone una historia semejante a la de Sodoma y Gomorra. Sin embargo, esta gente sólo busca su propio interés: están dispuestos a sacrificar a los demás, no a sacrificarse por los demás. Todo el capítulo 22 de Ezequiel está dedicado al tema de la ciudad sanguinaria.

### 3.3. Los problemas concretos

Hasta ahora nos hemos fijado en la visión global que los profetas tienen de las dos capitales, en cuanto a las injusticias que en ellas se cometen. Ahora centraremos nuestra atención en algunos de los problemas concretos que denuncian. En las 444-447 de "Con los pobres de la tierra" expongo las diez cuestiones que más llaman la atención: administración de la justicia en los tribunales, comercio, esclavitud, latifundismo, salario, tributos e impuestos, robo, asesinato, garantías y préstamos, lujo. Algunas de ellas han aparecido ya en los textos precedentes. Para no alargarme demasiado, selecciono ciertos puntos de vital interés.

#### a) La administración de la justicia.

De ella depende los bienes e incluso la vida de muchas personas. Pero, en opinión de bastantes profetas, es de las cosas que peor funcionan. Es frecuente la denuncia del soborno, que lleva a absolver al culpable y condenar al inocente. Esta codicia lleva al perjurio, a desinteresarse de las causas de los pobres e incluso a explotarlos con la ley en la mano. Este céltimo aspecto lo presenta de forma magistral un texto de Isaías:

Ay de los que decretan decretos inicuos  
y redactan con entusiasmo normas vejatorias  
para dejar sin defensa a los débiles  
y robar su derecho a los pobres de mi pueblo;  
para que las viudas se conviertan en sus presas  
y poder saquear a los huérfanos.  
¿Qué haréis el día de la cuenta,  
cuando la tormenta venga desde lejos?  
¿A quién acudiréis buscando auxilio  
y dónde dejaréis vuestras riquezas?  
Iréis encorvados con los prisioneros  
y caeréis con los que mueren (Is 10,1-4).

Resulta difícil identificar a las personas denunciadas por el profeta (legisladores, jueces injustos, funcionarios reales), pero queda claro que tienen poder de manipular la ley en su favor, redactando ¡con entusiasmo! una serie de normas complementarias. Con ello pretenden cuatro cosas: a) excluir a los débiles de la comunidad jurídica; b) robar a los pobres toda reivindicación justa; c) esclavizar a las viudas; d) apropiarse de los bienes del huérfano.

Hay algo que llama la atención en este texto. Cuando la reina Jezabel, un siglo antes, quiso apoderarse de la viña de Nabot, tuvo que matarlo (1 Re 21). Ahora, los métodos de explotación se han refinado. Ya no es preciso suprimir a la persona; basta con suprimir sus derechos. Es un procedimiento menos escandaloso y más eficaz. Puede aplicarse a infinidad de casos. No se trata, pues, del frecuente pecado de soborno y corrupción, sino de algo nuevo: ¡La clase alta quiere crear el fundamento jurídico que legalice la expansión de su capital! (Wildberger). Es la manipulación más descarada del poder legislativo al servicio de los poderosos.

#### b) La esclavitud

A pesar del drama humano que supone, no es tema frecuente en los profetas. Llama la atención que Amós le conceda importancia tan grande (9,1; 6,9; 2,6; 8,6) y los otros lo silencien, a excepción de Jeremías, aunque es posible que Isaías y Miqueas tengan presente el problema cuando hablan de los huérfanos que se

convierten en ¡botín! de los poderosos (Is 10,1-2) y de los niños a los que roban su dignidad (Miq 2,9). De los diversos textos selecciono un discurso de Jeremías (34,8-20).

Palabra que recibió Jeremías del Señor después que el rey Sedecías pactó con el pueblo de Jerusalén para proclamar una remisión: que cada cual manumitiese a su esclavo hebreo y a su esclava hebrea, de modo que ningøen judío fuese esclavo de un hermano suyo. Todos los nobles y el pueblo aceptaron este pacto de dejar libres cada cual a su esclavo y a su esclava, de modo que ninguno siguiera en esclavitud. Obedecieron y los pusieron en libertad. Pero después se volvieron atrás, cogieron otra vez a los esclavos y esclavas que habían manumitido y los sometieron de nuevo a esclavitud.

Entonces vino a Jeremías la palabra del Señor:

Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo pacté con vuestros padres cuando los saqué de Egipto, de la esclavitud, diciendo: Al cabo de cada siete años, todos dejarán libre a su hermano hebreo que haya comprado y que les haya servido siete años: lo despedirán en libertad. Pero vuestros padres no me escucharon ni me prestaron oído. Vosotros os habíais convertido haciendo lo que yo apruebo, proclamando cada cual la manumisión de su prójimo y habíais hecho un pacto ante mí, en el templo que lleva mi nombre; cada cual ha vuelto a tomar al esclavo y a la esclava que había dejado libres y los ha sometido de nuevo a esclavitud. Por eso, así dice el Señor: Vosotros no me obedecisteis proclamando cada cual la manumisión para su prójimo y su hermano; pues mirad, yo proclamo la manumisión para la espada y el hambre y la peste, y os haré escarmiento de todos los reyes de la tierra. A los hombres que quebrantaron mi pacto no cumpliendo las estipulaciones del pacto que hicieron conmigo, los trataré como al novillo que cortaron en dos para pasar entre las dos mitades. A los dignatarios de Judá y Jerusalén, a los eunucos y sacerdotes, a todo el pueblo que pasó entre las mitades del novillo, los entregaré en manos de sus enemigos.

El punto de vista de Jeremías, aunque interesante, no llega a la altura del de Amós. Este último rechaza la esclavitud en cualquier circunstancia, nunca la encuentra justificada. Jeremías se contenta con pedir el cumplimiento de la ley de remisión cada siete años. Pero, si pensamos en lo que fue práctica y mentalidad difundida entre los países esclavistas hasta el siglo XIX, hemos de reconocer que la postura del profeta es bastante más avanzada. (El rito del novillo al que hace referencia significa lo siguiente: cuando se hacía un pacto, se descuartizaba a veces un animal y se pasaba entre las dos mitades, queriendo expresar: ¡así descuartice Dios al que no cumpla este pacto!.)

### c) El latifundismo

Es tema de gran importancia, dada la economía básicamente agraria de Israel. Pero sólo lo denuncian de forma expresa Isaías y Miqueas.

Ay de los que añaden casas a casas  
y juntan campos con campos,  
hasta no dejar sitio  
y ser vosotros los únicos ciudadanos del país.

Lo ha jurado el Señor de los ejércitos:  
Las muchas casas serán arrasadas,  
sus magníficos palacios quedarán deshabitados.  
Diez yugadas de viñas darán sólo un tonel,  
una carga de simiente dará una canasta (Is 5,8-10).

Algunos comentaristas afirman que el pecado consiste en comprar tierras, cosa prohibida por la ley, ya que ¡la tierra pertenece al Señor! (Lev 25,23). Prescindiendo de que esta interpretación del Levítico es muy discutida, las diferencias entre dicha ley y las palabras de Isaías son evidentes; por otra parte, tal principio no puede aplicarse a la compra de casa. Lo que denuncia el profeta es una práctica tremendamente peligrosa: con la compra de casas y campos, los ricos son los únicos que conservan plenos derechos dentro de la comunidad. La prosperidad de la tierra les concede la capacidad de decidir en cuestiones políticas, sociales, económicas; en términos modernos, Isaías denuncia la acumulación del capital en pocas manos, mientras a la mayoría sólo le queda su trabajo (con una diferencia esencial con respecto a nuestros tiempos, ya que ahora el simple trabajador puede intervenir en la vida política, cosa entonces imposible).

El texto de Miqueas es más complejo y difícil de entender, pero mucho más rico de contenido.  
¡Ay de los que planean maldades  
e iniquidades en sus camas!

Al amanecer las ejecutan, porque pueden hacerlo.

Codician campos y los roban,  
casas, y las ocupan.  
Oprimen al varón con su familia,  
al hombre y a su heredad.  
Por eso, así dice el Señor:  
Mirad, yo planeo una desgracia contra esta gente  
de la que no podréis caminar erguidos,  
porque será una hora funesta.  
Aquel día entonarán contra vosotros una sátira,  
cantarán una triste elegía. Dice:  
¡Estamos totalmente perdidos.  
Cambia la propiedad de mi familia.  
¿Cómo osa arrebatármela?  
Distribuye nuestros campos al infiel!  
Ciertamente, no tendréis quién os atribuya por sorteo  
un pedazo de tierra en la asamblea del Señor (Miq 2,1-5).

La mayor novedad del texto radica en su última parte, donde se anuncia un nuevo reparto de la tierra, sin que corresponda nada a los latifundistas. Su reacción de ira y sorpresa la expresa un canto irónico que entona el mismo pueblo contra ellos.

Las diferencias entre este oráculo y el anterior de Isaías son interesantes. Isaías no habla de la actitud interna de codicia, que Miqueas considera esencial. Isaías utiliza dos verbos sin connotación ética (¡añadir, juntar!), mientras Miqueas presenta todo como contravención del décimo mandamiento (¡No codiciarás!) y emplea un verbo muy negativo (¡robar!). También es curioso el distinto punto de vista a propósito de las consecuencias: Isaías piensa exclusivamente en las ventajas económicas y políticas que esta actividad reporta a los poderosos; Miqueas, por el contrario, tiene presentes a los robados y oprimidos, junto con sus familias; a él no le preocupa sólo un hecho político, socioeconómico o religioso, sino también el problema hondamente humano de la gente pobre.

Así comprendemos las diferencias en el castigo: mientras Isaías sólo habla de la ruina de casa y campos, que fundamentan el orgullo y reflejan el egoísmo de los poderosos, Miqueas abre una puerta a la esperanza de los pobres, refiriéndose a un nuevo reparto de la tierra. Sería injusto deducir de esta comparación una superioridad de Miqueas con respecto a Isaías. Pero es interesante constatar cómo el mismo problema puede ser abordado de forma tan distinta por dos profetas contemporáneos. Quizá por el simple hecho de que uno procedía del campo y otro de la ciudad. En las páginas 262-270 de *Con los pobres de la tierra* puede verse un excursus sobre ¡Distintas actitudes ante el problema del latifundismo!.

#### **d) El salario**

Expresamente trata la cuestión Jeremías, cuando acusa al rey Joaquín de construirse un palacio sin pagar a los obreros. Malaquías denuncia a los propietarios que defraudan de su jornal al que trabaja para ellos (3,5). Esta aparición tardía del tema, y su ausencia en los profetas anteriores, puede ser indicio de que en el siglo V aumenta el número de asalariados sin propiedades.

Pero, ya que este fenómeno es muy antiguo, también podemos afirmar que los profetas de los siglos VIII-VII no le concedieron especial importancia.

Recojo el texto de Jeremías, donde el problema del salario se convierte en punto de partida para el tratamiento de una cuestión más importante: la concepción de la realeza.

¡Ay del que edifica su casa con injusticias,  
piso a piso, inicualemente!  
Hace trabajar de balde a su prójimo,  
no le paga su salario.  
Piensa: ¡Me construiré una casa espaciosa,  
con amplios salones; abriré una ventana,  
la revestiré de cedro, la pintaré de bermellón!  
¿Piensas que eres rey porque compites en cedros?  
Tu padre comió y bebió,  
practicó la justicia y el derecho y le fue bien;

hizo justicia a pobres e indigentes  
 y eso sí que es conocerme -oráculo del Señor-.  
 Tœ, en cambio, tienes ojos y corazón  
 sólo para el lucro,  
 para derramar sangre inocente,  
 para el abuso y la opresión.  
 Por eso, así dice el Señor a Joaquín,  
 hijo de Josías, rey de Judá:  
 No le harán funeral cantando:  
 ¡Ay hermano mío, ay hermana!  
 No le harán funeral: ¡Ay señor, ay majestad!  
 Lo enterrarán como a un asno: lo arrastrarán  
 y lo tirarán fuera del recinto de Jerusalén (Jer 22,13-19).

El texto parte de un hecho concreto: la construcción de un nuevo palacio en momentos de graves dificultades económicas para el país. Joaquín sólo podía permitirse este lujo haciendo trabajar de balde a los obreros, en contra de lo prescrito por Dt 24,14-15: ¡No explotarás al jornalero pobre y necesitado, sea hermano tuyo o emigrante que vive en tu tierra, en tu ciudad; cada jornada le darás su jornal, antes que el sol se ponga, porque pasa necesidad y está pendiente del salario!. Joaquín no contraviene sólo esta ley; al actuar en contra de la justicia y del derecho falta a su obligación de rey.

El profeta profundiza en el tema contraponiendo las actitudes de Joaquín y de su padre, Josías. Este último lo pasó bien, gozó de lo necesario, pero cumplió con su compromiso fundamental de preocuparse de los más pobres. Por eso ¡conocía a Dios!. Joaquín, en cambio, no entiende la realeza como un servicio a los débiles, sino como un rivalizar en lujo, aunque tenga que cometer toda clase de injusticias e incluso derramar sangre inocente. La ironía del caso es que esta concepción egoísta (excluye al prójimo) y atea (excluye a Dios) resulta también alienante (excluye a Joaquín). A pesar de su actividad y sus proyectos, del dinero robado y la sangre derramada, Jeremías no puede decir de él que le vayan bien las cosas. Sí puede asegurar que le irán mal. Sólo encontrará odio y rencor. No trató al pueblo como rey, y el pueblo no le tratará como tal en el momento de la muerte. El que pretendía competir en cedros acabará arrastrado como un asno.

### 3.4. Culto y justicia

Al hablar de la situación en Samaría citamos el texto de Am 5, 21-24 donde Dios, en vez de una actividad cultural abundante, pide ¡que fluya el derecho como agua y la justicia como arroyo perenne!. El tema se encuentra también en Oseas, Isaías y Miqueas. Selecciono algunos de los pasajes más interesantes.

Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma;  
 escuchad la enseñanza de nuestro Dios,  
 gente importante de Gomorra.  
 ¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios?  
 -dice el Señor.  
 Estoy harto de holocaustos de carneros,  
 de grasa de cebones;  
 la sangre de novillos,  
 corderos y machos cabríos no me agrada.  
 Cuando entráis a visitarme (¿...?)  
 ¿quién os pide esto al pisar mis atrios?  
 No me traigáis más dones vacíos,  
 el incienso me resulta execrable.  
 Novilunios, sábados, asambleas...  
 no aguanto iniquidad y festividad.  
 Vuestras solemnidades y fiestas las detesto,  
 se me han vuelto una carga que no soporto más.  
 Cuando extendéis las manos (en oración),  
 cierro los ojos;  
 aunque multipliquéis las plegarias,  
 no os escucharé.

Vuestras manos están llenas de sangre.  
 Lavaos, purificaos,  
 apartad de mi vista vuestras malas acciones,  
 cesad de obrar mal, aprended a obrar bien.  
 Preocupaos por el derecho, enderezad al oprimido,  
 defended al huérfano, proteged a la viuda (Is 1,10-17).

El texto contiene una crítica de los sacrificios de comunión, que intentan fomentar la unión con la divinidad repartiendo la víctima entre Dios, el sacerdote y el oferente; de los holocaustos, que suponían el máximo desprendimiento, ya que toda la víctima se quemaba, después de derramar la sangre sobre el altar; de las ofrendas vegetales, que sólo se ofrecían en casos especiales y la mayoría de las veces eran el complemento de un sacrificio sangriento; del incienso, enormemente costoso; de los novilunios, sábados y asambleas, de las grandes fiestas anuales e incluso de la oración.

Dios no puede reprochar en este caso falta de interés por el culto. No ocurre aquí como siglos más tarde, en tiempos de Malaquías, cuando se ofrecen al Señor ¡víctimas robadas, cojas y enfermas! (Mal 1,13). Mas bien impresiona la abundancia y calidad de los animales: carneros, cebones, novillos, corderos, machos cabríos. Es una inundación de carne, grasa y sangre, que desborda los altares y los quemaderos del templo, con humo que se mezcla al olor del incienso, y reuniones multitudinarias de fieles que alzan sus manos y multiplican sus plegarias. El cuadro dibujado por Isaías, fundiendo elementos dispares, provoca una sensación de agobio, casi de náusea. Y no sólo para nuestra sensibilidad de hombres modernos. También a Dios le repugna.

Todo el sistema cultural queda en entredicho tras esta enumeración, la más exhaustiva que encontramos en un texto profético. Después de la acusación (¡vuestras manos están llenas de sangre!), cabría esperar una condena a muerte de los culpables. Pero sigue una exhortación, con nueve imperativos que avanzan cada vez más en sus exigencias. Los dos primeros (¡lavaos, purificaos!) piden lo imprescindible dadas las circunstancias. Pero no se trata sólo de cubrir las apariencias. Hay que cambiar radicalmente el comportamiento y la actitud ante la vida. Los cuatro imperativos siguientes pasan de la desaparición de lo negativo (¡apartad de mi vista vuestras malas acciones!, ¡cesad de obrar el mal!) a la implantación de lo positivo (¡aprended a obrar el bien!, ¡preocupaos por el derecho!). Son frases que corren el peligro de perderse en vaguedades. Por eso los tres últimos imperativos concretan sus exigencias. El ¡bien! y el ¡derecho!, abstractos a primera vista, se realizan en la preocupación por las personas más débiles: ¡enderezad al oprimido, defended al huérfano, proteged a la viuda!.

El hombre, a través del culto, intenta agradar a la divinidad, reconocer el puesto capital de Dios en su vida. Pero Isaías recuerda que no hay mejor forma de agradar a Dios que la de interesarse por las personas que él más ama.

Sin embargo, no creo que este texto signifique una condena sistemática del culto. Lo que Dios no soporta es la mezcla de ¡festividad e iniquidad!. En consecuencia, debemos evitar dos peligros: 1) utilizar este pasaje para criticar al culto por sistema; 2) aprovechar que este texto no critica sistemáticamente el culto para seguir uniendo ¡festividad e iniquidad!.

En el profeta Miqueas encontramos otra instrucción de contenido semejante, aunque el desarrollo literario es muy distinto. Comienza Dios pleiteando con el pueblo en un juicio solemne, con la naturaleza como testigo. Motivo: la ingratitud ante los beneficios pasados. Ante este reproche, el pueblo desea mostrarse agradecido, acercarse al Señor, pero sólo se le ocurre un camino: el culto. Miqueas le recuerda verdades más antiguas e importantes:

Escuchad lo que dice el Señor:  
 Levántate, llama a juicio a los montes,  
 que los collados escuchen tu voz.  
 Escuchad, montes, el juicio del Señor,  
 firmes cimientos de la tierra:  
 el Señor entabla juicio con su pueblo,  
 pleitea con Israel.  
 Pueblo mío, ¿qué te hice? ¿En qué te molesté?  
 Testimonia contra mí.  
 Te saqué de la tierra de Egipto,  
 te redimí de la esclavitud,  
 enviando por delante a Moisés, Aarón y María.  
 Pueblo mío, recuerda lo que maquinaba Balac, rey de Moab,

y que respondió Balaán, hijo de Beor.  
(Recuerda) desde Sittim a Guilgal,  
para que comprendas que el Señor tiene razón.

¿Con qué me presentaré al Señor,  
inclinándome ante el Dios del cielo?  
¿Me presentaré con holocaustos,  
con becerros añojos?  
¿Aceptaré el Señor un millar de carneros  
o diez mil arroyos de aceite?  
¿Le ofreceré mi primogénito por mi culpa  
o el fruto de mi vientre por mi pecado?

Hombre, ya te ha explicado (Dios) qué está bien,  
qué desea el Señor de ti:  
que practiques el derecho,  
ames la bondad  
y seas atento con tu Dios (Miq 6,1-8).

La relación entre los beneficios iniciales y las exigencias que se plantean al final es más clara de lo que puede parecer a primera vista. Todo lo que Dios ha hecho por el pueblo: liberación de Egipto, salvación a través de Moisés y sus hermanos, protección en el desierto, bendición, paso de Jordán, entrada en Palestina, surgen del deseo divino de que su pueblo goce de libertad, de unas leyes y una tierra. Cuando se desprecia el derecho y la bondad se destruye el plan de Dios. Por el contrario, cuando se practica el derecho y se ama la bondad, se continúa su obra salvífica. Esto es lo más grande que el hombre puede ofrecer al Señor: toda su vida, su actividad, sus sentimientos, al servicio de sus planes. De las exigencias finales, las dos primeras, referentes al derecho y la bondad, coinciden con lo dicho por otros profetas. La tercera (¡y seas atento con Dios!, o ¡que camines humildemente con tu Dios!) representa algo nuevo e importante. Sólo quien reconoce con humildad su condición de creatura es capaz de vivir pendiente del Señor.

Terminemos con el texto de un profeta anónimo de finales del siglo VI a. C. que se conserva en el libro de Isaías. En esta época adquiere especial auge la práctica del ayuno, conocida antes del destierro, pero que ahora se celebra en fechas fijas: aniversario del asedio de Jerusalén, del día de la caída de la capital, del incendio de la ciudad y del templo, del asesinato del gobernador Godolías. Se trata de un día de humillación y mortificación para conseguir el favor divino. Pero el autor de este texto piensa que el único camino para obtener la salvación pasa por la justicia y el amor al prójimo.

Grita a voz en cuello, sin cejar,  
alza la voz como trompeta,  
denuncia a mi pueblo sus delitos,  
a la casa de Jacob sus pecados.  
Me consultan a diario, desean conocer mis caminos,  
-como un pueblo que practicara la justicia  
y no abandonase el derecho de su Dios-,  
me preguntan las normas justas,  
desean estar cerca de Dios.  
¿Para qué ayunar, si no haces caso?  
¿Mortificarnos, si no te fijas?  
Mirad: ayunáis entre pleitos y peleas,  
dando puñetazos sin piedad.  
No ayunéis como ahora,  
haciendo oír en el cielo vuestras voces,  
¿es ése el ayuno que el Señor desea,  
el día en que el hombre se mortifica?  
Mover la cabeza como un junco,  
acostarse sobre estera y ceniza,  
¿a eso lo llamáis ayuno, día agradable al Señor?  
el ayuno que yo quiero es éste:  
abrir las cadenas injustas,

soltar las correas del yugo,  
 dejar libres a los oprimidos,  
 romper todos los yugos;  
 partir tu pan con el hambriento,  
 hospedar a los pobres sin techo,  
 vestir al que ves desnudo  
 y no cerrarte a tu propia carne.  
 Entonces romperá tu luz como la aurora,  
 en seguida te brotará la carne sana;  
 te abrirá camino tu justicia,  
 detrás de ti irá la gloria del Señor.  
 Entonces clamarás al Señor y te responderá;  
 pedirás auxilio y te dirá: Aquí estoy.  
 Si destierras de ti los yugos,  
 la acusación con falso testimonio,  
 si te entregas al hambriento  
 y sacias el estómago del indigente,  
 surgirá tu luz en las tinieblas,  
 tu oscuridad se volverá mediodía.  
 El Señor te guiará siempre,  
 hará fuertes tus huesos, serás huerto bien regado,  
 un manantial de aguas cuya vena no engaña.  
 Reconstruirás viejas ruinas,  
 levantarás sobre cimientos de antaño,  
 te llamarán ¡tapiador de brechas!,  
 ¡restaurador de sendas transitables! (Is 58,1-12).

Como punto de partida conviene recordar la situación histórica. El país está asolado, Jerusalén casi arrasada. El poema lo expresa con imágenes de oscuridad, enfermedad, aridez, que más tarde se concretan en ruinas, brechas, sendas intransitables. En estas circunstancias, el pueblo (al menos gran parte de él) necesita que Dios le preste atención. Para ganárselo, organizan los días de ayuno. Pero, con sorpresa, e incluso indignación, advierten que esa práctica no les sirve de nada.

El profeta justifica ese silencio de Dios, indicando en un primer momento que el ayuno va acompañado de egoísmo, codicia y reyertas. ¡En el mismo momento en que pretendéis honrar a Dios, vuestro padre, molestáis el prójimo, vuestro hermano! (Bonnard). Luego habla de los ritos que acompañan al ayuno (mover la cabeza, acostarse sobre estera y ceniza). Frente a esas acciones poco comprometedoras, Dios indica los verdaderos ritos que deben constituir el ayuno, y que están orientados en beneficio de los oprimidos, hambrientos, pobres sin techo y desnudos. Compartir con ellos pan, casa y vestido es lo que Dios espera de su pueblo. Estas exigencias las resume la frase final, ¡no cerrarte a tu propia carne!, que podríamos explicar: ¡no te desentiendas del prójimo, que es algo tuyo!. como subrayan muchos comentaristas, no se dice ¡tu hermano!, sino ¡tu carne!, refiriéndose con ello a cualquier hombre, aunque no sea israelita.

Indirectamente, el autor pone el dedo en la llaga y desvela una de las causas capitales de la injusticia: la falta de identificación con el que sufre, el no sentirnos afectados personalmente por el hambre, la desnudez o la pobreza de los otros, considerando estos hechos ¡datos! fríos de una posible encuesta sobre problemas sociales. Cuando alguien pasa hambre, eres tú quien pasa hambre. Cuando alguien va desnudo, eres tú quien va desnudo. Cuando te desentiendas del prójimo, te cierras a ti mismo, porque no es algo ajeno a ti, sino tu propia carne. Este es el presupuesto del autor. Cuando el pueblo adopte esta postura, cambiará la situación y podrá gozar con la alegría de la salvación de Dios.

## 4. El Imperialismo Militar

### Advertencia previa

Es posible que a algunos lectores no le resulte demasiado sugerente el tema de este capítulo, y quizá se asusten de su extensión. Sin embargo, no les aconsejaría que se lo saltasen por completo.

A los interesados por la teología de la historia, por ese vaivén continuo de injusticias que cometen las grandes potencias, les aconsejo que lean al menos lo referente a Habacuc. Es el único caso en que no selecciono fragmentos sueltos, sino incluyo el texto completo con breves comentarios. Porque se trata de un profeta prácticamente desconocido, pero de los más profundos.

Otro texto capital es Isaías 14, incluido en el apartado sobre Babilonia. Poema magnífico desde el punto de vista literario y teológico, que todos deberían conocer.

También aconsejo la lectura de las dos visiones contenidas en el libro de Daniel, ya que representan el punto final de la reflexión profética.

Ya que el tema es complejo, y las posturas muy diferentes a veces, a muchos lectores podrá serles útil comenzar leyendo las conclusiones con que cierro el capítulo.

La existencia de grandes potencias que dominan el mundo e imponen su ley de forma indiscutible es algo que muchos aceptan casi con naturalidad. Otros se indignan con sus arbitrariedades y sus injerencias en la actividad política y económica de los países más pequeños. Pero raras veces se reflexiona teológicamente sobre el tema. Sin embargo, dentro de la Biblia, el problema del imperialismo es uno de los más candentes y continuos. Asiria, Egipto, Babilonia, Persia, Grecia, Siria, Roma, dominaron sucesivamente al pueblo judío desde el siglo VIII a.C. hasta que dejó de existir como nación. Este fenómeno del imperialismo no podía pasar inadvertido para los profetas. Todos ellos escucharon ¡las botas que pisan con estrépito! y contemplaron ¡los mantos manchados de sangre! (Isaías 9,4). Fueron testigos de esas invasiones militares que Joel compara con plagas de langosta:

... como crepúsculo que se extiende por los montes

es el ejército denso y numeroso (...).

En vanguardia el fuego devora,  
las llamas abrasan en retaguardia;

delante la tierra es un vergel,

detrás es una estepa desolada (...).

Asaltan la ciudad, escalan las murallas,

suben a las casas,

penetran como ladrones por las ventanas.

Ante ellos la tierra tiembla y se conmueve el cielo,

sol y luna se oscurecen (Joel 2,2-10).

Estas palabras nos ayudan a comprender que el problema del imperialismo no es para los profetas una cuestión teórica, sino un drama que plantea serios interrogantes. Porque, ¿cómo conciliar el amor de Dios y su justicia con la desolación, la opresión y la muerte que provocan las potencias invasoras? El material es abundante, y se presta a un análisis detenido sobre las diversas formas en que los profetas abordan el tema. En la revista ¡Proyección! 26 (1979) 171-180 y 313-323 le dediqué dos artículos. Ahora me limito a seleccionar los textos más representativos, aunque en este caso considero necesario añadir breves consideraciones históricas para que resulten más comprensibles. Me ha parecido importante ofrecer una visión cronológica, siguiendo el orden en que los imperios fueron dominando a Israel: Asiria, Babilonia, Persia, Siria.

### 4.1. Asiria

Cuando Israel se constituye como pueblo, hacia los siglos XIII-XII a.C., el problema del imperialismo no existe en el Antiguo Oriente. Precisamente la debilidad de las grandes potencias (Egipto y Mesopotamia) permitirá a David durante el siglo X ampliar notablemente sus dominios, invadiendo Amón, Moab, Amón y Siria. Su política debemos calificarla al menos de mini-imperialistas; y su actitud con los vencidos rayó en la crueldad (ver 1 Re 11,15-18). Pero nadie, ni siquiera Natán, le criticó por ello. Los judíos, como todos los pueblos, han demostrado siempre una sensibilidad finísima para las injusticias que padecen, pero la pierden cuando se trata de las injusticias que cometen.

El imperialismo a gran escala amenaza el horizonte de Israel a mediados del siglo IX a.C., cuando Salmanasar III sube al trono de Asiria. Su política expansionista no tuvo éxito; los reyes de Damasco, Jamat e



Israel consiguieron frenar sus ímpetus en la batalla de Qarqar (año 853) y alejar momentáneamente el peligro. Pero, un siglo más tarde, cuando Tiglatpileser III sube al trono de Asiria (año 745), ya no hay solución. Este gran organizador y hábil militar revoluciona la técnica de la guerra: en los carros de combate sustituye las ruedas de seis radios por las de ocho, más resistentes; emplea caballos de repuesto, que permiten mayor rapidez y facilidad de movimientos; provee a los jinetes de coraza y a la infantería de botas. En pocos años, el Imperio extiende sus dominios desde el golfo pérsico hasta el Mediterráneo.

Tiglatpileser y sus sucesores adoptan con los demás países una política centrada en los siguientes puntos:

- a) el primer paso consiste en una demostración de fuerza, que lleva a esos estados a una situación de vasallaje, con pago anual de tributo;
- b) si más tarde tiene lugar, o se sospecha, una conspiración contra Asiria, las tropas imperiales intervienen rápidamente, destituyen al monarca y colocan en su puesto a un príncipe adicto; al mismo tiempo aumentan los impuestos, la política exterior es controlada con más severidad y gran parte del territorio pasa a convertirse en provincia asiria;
- c) al menor signo de nueva conspiración intervienen de nuevo las tropas, todo el país queda anexionado al Imperio y se deporta a gran número de habitantes, a fin de destruir la cohesión nacional e impedir nuevas revueltas.

Tanto Israel como Judá fueron víctimas de esta política imperialista Asiria. El primero debió padecer paso a paso la conducta descrita anteriormente: a) pago del tributo en tiempos de Menajén (2 Re 15,19-20); b) pérdida de territorios con Pécaj (2 Re 15,29); c) pérdida de la independencia y deportación durante el reinado de Oseas (2 Re 17,4-6). todo esto en el espacio de unos veinte años (743-720).

Judá salió aparentemente mejor librada. En un primer momento, el rey Acáz intentó congraciarse a Tiglatpileser III buscando su apoyo contra pueblos enemigos. Obtiene el favor, pero a un precio muy alto (2 Re 16,8). Además, a partir de aquel momento queda sometido a Asiria en el primer grado de vasallaje, debiendo pagar tributo anual. Su hijo Ezequías se rebelará contra Asiria el año 705, aprovechando la muerte de Sargón II. Pero su audacia le costará muy cara. El nuevo emperador, Senaquerib, invade el territorio judío, conquista cuarenta y seis fortalezas, asedia Jerusalén y se lleva un enorme botín (2 Re 18,13-16). A partir de entonces, el dominio asirio se acepta como algo inevitable.

El largo reinado de Manasés se halla bajo este signo. Mientras, los asirios siguen su política expansionista; las tropas de Asurbanipal llegan a la primera catarata del Nilo, consiguiendo lo inimaginable: someter a Egipto. Pero el punto culminante señala también el comienzo de la decadencia: Asiria es incapaz de gobernar tan vasto Imperio. Y aunque los países occidentales sólo son capaces de incubar un odio creciente o de tímidos intentos de independencia, en Babilonia y Media va fraguando el derrocamiento de la gran potencia. Efectivamente, el año 612 cae Nínive, capital del Imperio, y el 610 Jarán, su último baluarte. En definitiva, el dominio asirio sobre Judá duró un siglo aproximadamente: desde el año 734, fecha en que Acáz solicita su ayuda, hasta el 632, cuando el rey judío Josías comienza su reforma político-religiosa.

Los textos proféticos más importantes proceden de los libros de Isaías y Nahúm.

Descripción del ejército (Isaías 5,26-29)

Izará (el Señor) una enseñanza para un pueblo remoto,  
le silbará hacia el confín de la tierra;  
miradlo llegar veloz y ligero.  
No hay cansancio, no hay tropiezo,  
no se acuesta, no se duerme,  
no se desciñe el cinturón de los lomos,  
no se desata la correa de las sandalias.  
Sus saetas están aguzadas y todos los arcos tensos;  
las pezuñas de sus caballos son pedernal,  
y las ruedas, torbellinos.  
Su rugido es de león, ruge como los cachorros,  
gruñe y atrapa la presa,  
la retiene, y nadie se la arranca.

A nivel descriptivo, el interés del texto radica en presentar la fuerza y rapidez del ejército, que supera todos los obstáculos. Pero es más interesante fijarse en otros detalles de tipo teológico. El libro de Isaías inserta este breve poema como final de la llamada ¡sección de los ayes! (5,7-25), donde se han descrito los diversos pecados que dominan en el reino de Judá: latifundismo, lujo y francachelas, despreocupación por los

planes de Dios, corrupción de los valores, etc. Como ha dicho previamente la ¡canción de la viña! (Is 5,1-7), Judá, ¡la viña del Señor de los ejércitos!, se ha corrompido totalmente, y en vez de dar uvas da agrazones.

En este contexto de pecado contra Dios y contra el prójimo es donde adquiere sentido el anuncio de la invasión enemiga. El profeta no la ve como un hecho casual, sino como castigo por los pecados del pueblo judío. Por eso, el ejército no lo pone en marcha una orden del emperador, sino la decisión del mismo Dios que ¡iza una enseña al pueblo remoto! y le silba, como a un perro, para que acuda al lugar que desea castigar. ¿Es justa esta visión de la historia? ¿Es Asiria un simple instrumento en manos de Dios, que se acomoda plenamente a sus planes? Isaías se mostró demasiado optimista en este primer momento. El texto siguiente refleja un profundo cambio de postura.

El orgullo de Asiria (Isaías 10,5-16)

¡Ay Asur, vara de mi ira,  
bastón de mi furor!

Contra una nación impía lo envié,  
lo mandé contra el pueblo de mi cólera,  
para entrarlo a saco y despojarlo,  
para hollarlo como barro de las calles.  
Pero él no pensaba así,  
no eran éstos los planes de su corazón.

Su propósito era aniquilar,  
exterminar naciones numerosas.

Decía: ¡¿No son mis ministros reyes?

¿No fue Calno como Cárquemis?

¿No fue Jamat como Arpad?

¿No fue Samaría como Damasco?

Lo que hice con Samaría y sus imágenes,  
¿no lo voy a hacer con Jerusalén y sus ídolos?!

El decía:

¡Con la fuerza de mi mano lo he hecho,  
con mi saber, porque soy inteligente.

Cambié las fronteras de las naciones,  
saqué sus tesoros

y derribé como un héroe a sus jefes.

Mi mano cogió, como un nido,

las riquezas de los pueblos;  
como quien recoge huevos abandonados,  
cogí toda su tierra,

y no hubo quien batiese las alas,  
quien abriese el pico para piar!.

¿Se envanece el hacha contra quien la blande?

¿Se gloria la sierra contra quien la maneja?

Como si el bastón manejase a quien no es leño.

Por eso, el Señor de los ejércitos  
meterá enfermedad en su gordura.

y debajo del hígado le encenderá un fiebre,  
como incendio de fuego.

El texto precedente presentaba a Asiria como un animal que acude al silbido del Señor. Isaías mantiene su postura, hablando ahora del Imperio como de una vara o un bastón que Dios utiliza para castigar. Pero en su teología de la historia se produce un cambio, provocado por la realidad. Los hechos demuestran que los planes de Dios y los de Asiria son incompatibles. Hay una diferencia radical entre el plan del Señor (¡castigar a una nación impía!) y el proyecto del emperador (¡aniquilar, exterminar naciones numerosas!). Es una diferencia a nivel intensivo (castigar-exterminar) y extensivo (una nación-naciones numerosas). Esta crueldad, esta voluntad de dominio universal, unida a la arrogancia y a la blasfemia, es lo que atrae sobre el emperador asirio la cólera de Dios.

¿Significa esto que un Imperio moderado, ¡comprensivo!, es compatible con la voluntad de Dios?

Posiblemente Isaías lo habría afirmado en este momento, en caso de que el Señor quisiera castigar a su

pueblo. Pero sólo con este presupuesto, y sólo de forma transitoria. Porque el imperialismo no constituye un ideal, como demostrarán otros textos. De esto hablaremos más adelante. Por ahora queda claro que Asiria actuó de forma cruel y soberbia (peligro que difícilmente puede evitar cualquier gran potencia), y la que fue enviada a castigar terminará castigada.

El castigo de Asiria (Isaías 30,27-33)

Mirad: el Señor en persona viene de lejos,  
 arde su cólera con espesa humareda;  
 sus labios están llenos de furor,  
 su lengua es fuego devorador;  
 su aliento es torrente desbordado  
 que alcanza hasta el cuello:  
 para cribar a los pueblos con criba de exterminio,  
 para poner bocado de extravío  
 en la quijada de las naciones.

Vosotros entonaréis un cántico  
 como en noche sagrada de fiesta:  
 se alegrará el corazón al compás de la flauta,  
 mientras vais al Monte del Señor,  
 a la Roca de Israel.

El Señor hará oír la majestad de su voz,  
 mostrará su brazo que descarga  
 con ira furiosa y llama devoradora,  
 con tormenta, aguacero y pedrisco.

A la voz del Señor se acobarda Asiria,  
 golpeada con la vara.

Cada golpe de la vara de castigo  
 que el Señor descargue sobre ella  
 se dará entre panderos y cítaras y danzas.

Que está preparada hace tiempo en Tofet,  
 está dispuesta, ancha y profunda,  
 un pira de leña abundante:  
 y el sople del Señor, como torrente de azufre,  
 le prenderá fuego.

Este terrible poema, que recuerda en parte al capítulo 3 de Habacuc, se desarrolla con elementos semejantes a los de la gran liberación de Egipto: la noche de la venganza, la teofanía del Sinaí, las plagas o golpes, el brazo que descarga; el acontecimiento se celebra en una fiesta nocturna, con música y danzas, con una marcha al Monte Santo. Otros elementos, como la pira de fuego, son nuevos. El Tofet es un lugar cercano a Jerusalén donde parece que se llevaron a cabo sacrificios humanos por el fuego (ver Jer 7,31-34; 19,3-9). Este lugar se convierte en el puesto del castigo del Señor para Asiria.

Asedio y destrucción de Nínive (Nahœn 2,2-14; 3,1-19)

Nínive, capital del Imperio asirio a partir de Senaquerib, terminará convirtiéndose para los judíos en símbolo de la opresión y del imperialismo. Así la presentará el librito de Jonás. Pero lo que a Nahúm le interesa es describir el final de la ciudad. Se trata de una visión dantesca, que comienza con el primerísimo plano de un escudo para ir abriendo el objetivo, hasta abarcar a los soldados, los carros, las plazas, las murallas, las puertas de la ciudad, el palacio. A la conquista siguen destierro, saqueo, deportación. Pero, incluso en estos momentos en que ¡el temple se funde y vacilan las rodillas!, el profeta saca fuerzas para reflexionar sobre la situación anterior de la capital, su pecado, y el influjo decisivo de Dios en este acontecimiento.

Que te asaltan los arietes  
 y se estrecha el cerco:  
 vigila los accesos,  
 apréstate y redobla tus fuerzas.  
 El escudo de la tropa está rojo  
 y los soldados visten de púrpura;  
 es un ascua el revestimiento

de los carros en formación.  
 Los jinetes vertiginosos,  
 los carros enloquecidos  
 se lanzan por calles y callejas  
 revolviéndose como teas o relámpagos.  
 Pasa revista a sus capitanes  
 que tropiezan en sus recorridos,  
 se apresuran hacia las murallas  
 y se asegura la barrera.  
 Se abren las esclusas de los ríos  
 y el palacio se derrumba;  
 hacen formar y salir a los cautivos,  
 conducen a las esclavas,  
 que se golpean el pecho gimiendo como palomas.  
 Nínive es una alberca cuyas aguas se escapan:  
 ¡Deteneos, deteneos!, pero nadie se vuelve.  
 Saquead plata, saquead oro,  
 el depósito es inacabable,  
 qué abundancia de toda clase de enseres preciosos.  
 ¡Destrucción, desolación, devastación!  
 El templo se funde, vacilan las rodillas,  
 se doblan los ijares, el rostro pierde el color.  
 ¿Dónde está el cubil de los leones,  
 la guarida de los cachorros,  
 adonde iban sin asustarse  
 el león con la leona y sus crías?  
 El león que hacía presa para sus cachorros  
 y despedazaba para sus leonas,  
 su cueva se llenaba de víctimas,  
 su guarida de despojos.  
 ¡Aquí estoy contra ti!  
 -oráculo del Señor de los ejércitos -.  
 Arderán humeando tus carros  
 y la espada devorará tus cachorros,  
 extirparé de la tierra tus presas  
 y no volverá a sonar la voz de tus pregoneros.

El capítulo tercero del profeta está dedicado al mismo tema. Los versos iniciales describen con estilo rapidísimo cómo la guerra y la muerte se apoderan de la ciudad; luego se indican las causas del castigo y se habla de la intervención de Dios. La sección central recuerda la caída de No-Amón, la famosa Tebas egipcia, que el año 652 pasó a poder de los asirios, y se amenaza a Nínive con el mismo castigo. Toda resistencia es inútil: los capitanes y las autoridades serán los primeros en desertar. Los versos finales presentan el desastre como ya sucedido; los príncipes y reyes han muerto, el pueblo está disperso por las montañas. Nínive ha desaparecido de la historia a causa de su maldad.

¡Ay de la ciudad sanguinaria y traidora,  
 repleta de rapiñas, insaciable de despojos!  
 Escuchad: látigos, estrépito de ruedas,  
 caballos al galope, carros rebotando,  
 jinetes al asalto, llamear de espadas,  
 relampagueo de lanzas, multitud de heridos,  
 masas de cadáveres, cadáveres sin fin,  
 se tropieza en cadáveres.  
 Por las muchas fornicaciones de la prostituta,  
 tan hermosa y hechicera,  
 que compraba pueblos con sus fornicaciones  
 y tribus con sus hechicerías.  
 ¡Aquí estoy contra ti!

-oráculo del Señor de los ejércitos.  
 Te arrojaré basura encima  
 y te expondré a la pública vergüenza.  
 Los que te vean se apartarán de ti diciendo:  
 Desolada está Nínive, ¿quién la compadecerá?  
 ¿Dónde encontrar quien la consuele?

¿Eres tœ mejor que No-Amón,  
 señora del Nilo, rodeada de aguas?  
 Su fuerza era el mar, las aguas su muralla,  
 incontables cusitas, egipcios sin número,  
 libios y etíopes eran sus defensores.  
 También ella fue al desierto, marchó prisionera,  
 sus hijos fueron estrellados en las encrucijadas,  
 se rifaron a los nobles  
 y encadenaron a los notables.  
 También te embriagarás y te esconderás,  
 también te buscarás asilo lejos del enemigo.  
 Tus plazas fuertes son higueras cargadas de brevas,  
 al sacudirlas caen en la boca que las come.  
 Mira, tus soldados  
 se han vuelto mujeres frente al enemigo;  
 abiertas están las puertas de tu territorio  
 y el fuego ha consumido los cerrojos.  
 Haz acopio de agua para el asedio,  
 fortifica las defensas,  
 pisa lodo, aplasta arcilla,  
 métela en el molde:  
 que el fuego consumirá,  
 como devora la langosta,  
 y la espada te aniquilará.  
 Aunque te multipliques como la langosta,  
 te multipliques como los saltamontes,  
 la langosta muda de piel y vuela;  
 aunque sean tus buhoneros  
 más que las estrellas del cielo,  
 tus capitanes como langostas,  
 tus jefes como insectos,  
 posados en la tapia durante el frío,  
 al brillar el sol se marchan sin dejar huella.  
 Tus pastores, rey de Asiria, se han dormido,  
 y tus capitanes se han tumbado,  
 la tropa está dispersa por los montes y no hay quien la reúna.  
 No hay remedio para tu fractura,  
 tu herida es incurable.  
 Los que oyen noticias tuyas palmorean,  
 pues, ¿sobre quién no descargó tu perpetua maldad?

Nahúm es quizá el profeta más duramente criticado por algunos comentaristas. Se le acusa de ignorar los pecados de su pueblo, de saña sanguinaria contra Nínive, de alegría cruel, de despreciar a los paganos. En definitiva, de ser un falso profeta, que se ha colado de rondón en el canon.

Desde luego, nos sentimos más a gusto leyendo lo que dice Jonás sobre Nínive. Nahúm nos entusiasma como poeta. Nos duele como profeta. Sin embargo, algo muy serio debe haber en su mensaje para que se nos haya transmitido como palabra de Dios. No pensamos que sea sólo su nacionalismo a ultranza o su espíritu vengativo. Lo que está en juego para él es la justicia de Dios en la historia, un problema que angustió a los judíos de todos los tiempos y sigue preocupando a nuestros contemporáneos. ¿Puede tolerar Dios a un imperio que despedaza sin compasión a sus víctimas? ¿A la ciudad sanguinaria y traidora, ¡repleta de rapiñas,

insaciable de despojos!, que ha descargado sobre todos los pueblos ¿su perpetua maldad!? Para Nahúm, la respuesta es evidente: no. La justicia no se lo permite, su fidelidad a los que confían en él no lo tolera. Por eso el castigo de Nínive es preciso. Nahúm lo canta, lo describe. Con la rabia del oprimido, sin concesiones a la compasión. Su actitud nos resulta muy dura. Pero es un elemento imprescindible si queremos esbozar una teología de la historia. Una pieza más en ese rompecabezas que componen oráculos muy distintos del Antiguo Testamento.

Por otra parte, el escándalo que podemos experimentar leyendo a Nahúm puede ser bastante farisaico. El Apocalipsis de Juan muestra la misma alegría cruel cuando anuncia la caída de Roma, nueva Babilonia, la gran prostituta, ¡borracha de la sangre de los consagrados y de la sangre de los testigos de Jesús! (Ap 17,6; ver los capítulos 17-19). No es lo mismo teorizar sobre la opresión y el imperialismo que padecerlos.

## 4.2. Babilonia

La caída de Nínive y Jarán, con la siguiente desaparición del Imperio asirio, va a dar paso a una nueva potencia: Babilonia. Famosa ya desde antiguo, es precisamente a finales del siglo VII y primera mitad del VI a.C. cuando vuelve a recuperar su poderío, gracias a Nabopolasar y a su hijo, Nabucodonosor. Para los judíos supondrá la experiencia más trágica de toda su historia: el año 586, Jerusalén es conquistada, se destruyen las murallas, se incendia el templo, el pueblo marcha al destierro y desaparece la monarquía. Todos los pilares de la fe de Israel caen por tierra, al menos aparentemente. Hombres ilustres, de profunda fe en Dios, convertirán esta ¿siembra entre lágrimas! en una ¿cosecha entre cantares!. Sabrán sacar una profunda enseñanza de la historia, sin perder nunca la esperanza de una posible restauración del pueblo unida a una honda conversión religiosa.

No nos interesa aquí analizar la trágica y rica experiencia de esta época. Sólo nos fijaremos en algunos de los textos proféticos que hablan de este nuevo Imperio. Hay posturas semejantes a las ya constatadas con respecto a Asiria. Pero han pasado años desde entonces, y la profecía se enriquece con nuevos puntos de vista. Es lo que observamos a través de Jeremías, algunos textos de profetas anónimos y, sobre todo, de Habacuc.

Este apartado lo estructuro de la forma siguiente. Hablo en primer lugar de Jeremías, con su compleja postura de aceptación y condena del poderío babilonio. Luego, de Habacuc, que no ve este Imperio como un fenómeno aislado, sino con uno más en la cadena del imperialismo, lo que le obliga a plantearse el tema de la justicia de Dios en la historia. Tanto Jeremías como Habacuc nos sitúan en los primeros años del apogeo neobabilónico. Más tarde, cuando tenga lugar la destrucción de Jerusalén y del templo, la deportación, aumentará notablemente el odio a Babilonia, expresado principalmente por profetas anónimos, cuya obra se ha conservado en los libros de Isaías y Jeremías. Entre estos textos adquiere especial relieve el capítulo 14 de Isaías, ya que supera la visión nacionalista y condena con gran fuerza poética y teológica el orgullo y la crueldad de los tiranos.

Babilonia, instrumento del castigo de Dios (Jeremías 25,1-11)

El año cuarto del reinado de Joaquín, hijo de Josías, en Judá, que corresponde al año primero del reinado de Nabucodonosor en Babilonia, recibió Jeremías este mensaje para todo el pueblo judío, y el profeta Jeremías se lo comunicó a todos los judíos y a todos los vecinos de Jerusalén:

Desde el año trece del reinado en Judá de Josías, hijo de Amón, hasta el presente día -en total veintitrés años-, he recibido la palabra del Señor y os la he predicado puntualmente, y no me habéis escuchado. El Señor os enviaba puntualmente a sus siervos los profetas, y no quisisteis escuchar ni prestar oído. Os exhortaban: "Que se convierta cada uno de su mala conducta y de sus malas acciones, y volverá a la tierra que el Señor os entregó a vosotros y a vuestros padres, desde siempre y para siempre. Y no sigáis a dioses extranjeros para servirlos y adorarlos, y no me irritéis con las obras de vuestras manos, para vuestro mal".

No escuchasteis -oráculo del Señor-, me irritasteis con las obras de vuestras manos, para vuestro mal. Por eso, así dice el Señor de los ejércitos: Puesto que no escuchasteis mis palabras, yo mandaré a por los pueblos del norte y a por Nabucodonosor, rey de Babilonia, siervo mío; lo traeré a esta tierra, contra sus habitantes y los pueblos vecinos; los consagraré al exterminio, los convertiré en espanto, burla y ruina perpetua. Haré cesar la voz alegre y la voz gozosa, la voz del novio y la voz de la novia, el ruido del molino y la luz de la lámpara. Toda esta tierra quedará desolada, y las naciones vecinas estarán sometidas al rey de Babilonia durante setenta años.

El texto está fechado el año 605, precisamente cuando Nabucodonosor acaba de arrebatarse a los egipcios la aparentemente inexpugnable fortaleza de Carquemis, permitiéndole la conquista de los países de Siria-Palestina. Como si la línea Maginot se hubiese derrumbado en un día, permitiendo la invasión de las tropas alemanas. Pero Jeremías, igual que Isaías un siglo antes, no contempla los hechos como resultado de simples causas políticas, militares o económicas. Los interpreta como decisión divina de castigar a su pueblo, que se niega durante años a obedecer a Dios, que le habla a través de los profetas. Sin embargo, a diferencia de Isaías, no considera a Nabucodonosor un simple instrumento en manos de Dios (¡vara, bastón!), sino que le da un título honorífico, ¡mi siervo!. Este tema quedará más claro en el texto siguiente.

#### Sumisión al rey de Babilonia (Jeremías 27,1-22)

Este nuevo texto está fechado el año 594 (¡el año cuarto del reinado de Sedecías!); han pasado, pues, once años desde el anterior. Nabucodonosor no es ahora un príncipe victorioso en el que los babilonios depositan su esperanza. Se ha convertido en el dominador del mundo antiguo, que impone su ley a numerosos pueblos. Ante esta amenaza, parece que el año 594 tiene lugar en Jerusalén una reunión de pequeños países cercanos a Judá, con vistas a ofrecer resistencia. Jeremías, sin embargo, pide el sometimiento a Babilonia como única respuesta posible a la voluntad de Dios.

El discurso se divide en tres partes. La primera habla a los ministros de los países extranjeros; la segunda al rey judío, Sedecías; la tercera a los sacerdotes y al pueblo. Para comprender esta última parte conviene recordar que cuatro años antes (595) había tenido lugar una primera deportación y los babilonios se habían llevado parte del ajuar del templo.

El año cuarto del reinado del Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, recibió Jeremías esta palabra del Señor:

El señor me dijo: Hazte unas coyundas y un yugo y encájatelo en el cuello, y envía un mensaje a los reyes de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón, por medio de los embajadores que han venido a Jerusalén a visitar al rey Sedecías. Diles que informen a sus señores: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Decid a vuestros señores:

Yo he creado la tierra y hombres y animales  
sobre la faz de la tierra,  
con mi gran poder y con mi brazo extendido:  
y la doy a quien me parece.  
Pues bien, yo entrego todos estos territorios  
a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo;  
incluso las fieras agrestes  
se las doy como vasallos;  
todas las naciones serán vasallos de él,  
de su hijo y nieto,  
hasta que le llegue a su país  
la hora de ser vasallo  
de pueblos numerosos y reyes poderosos.  
Si una nación y su rey no se someten  
a Nabucodonosor, rey de Babilonia,  
y no rinden el cuello  
al yugo del rey de Babilonia,  
con espada y hambre y peste  
castigaré a esa nación,  
hasta entregarla en sus manos -oráculo del Señor-.  
Y vosotros no hagáis caso  
a vuestros profetas y adivinos  
intérpretes de sueños, agoreros y magos,  
que os dicen:  
¡No seréis vasallos del rey de Babilonia!  
porque os profetizan embustes  
para sacaros de vuestra tierra,  
para que yo os disperse y os destruya.  
Si una nación rinde el cuello  
y se somete al rey de Babilonia,

la dejaré en su tierra,  
para que la cultive y la habite -oráculo del Señor-.

A Sedecías, rey de Judá,  
le hablé en los mismos términos:  
Rendid el cuello al yugo del rey de Babilonia,  
someteos a él y a su pueblo, y viviréis,  
así no moriréis a espada, de hambre y peste,  
como dijo el Señor  
a los pueblos que no se sometan al rey de Babilonia.  
No hagáis caso a los profetas que os dicen:  
¡No seréis vasallos del rey de Babilonia!  
porque os profetizan embustes;  
yo no los envié -oráculo del Señor-  
y ellos profetizaban embustes en mi nombre,  
para que yo os tenga que arrojar y destruir  
a vosotros con los profetas que os profetizan.

A los sacerdotes y al pueblo les dije:  
Así dice el Señor:  
No hagáis caso a esos profetas que os profetizan:  
¡Muy pronto recobramos de Babilonia  
el ajuar del Templo!  
os profetizan embustes, no les hagáis caso.  
Seguid sometidos al rey de Babilonia y viviréis,  
y esta ciudad no se convertirá en ruinas.  
Si son profetas y tienen la palabra del Señor,  
que intercedan al Señor  
para que no se lleven a Babilonia  
el resto del ajuar del Templo  
y del palacio real de Jerusalén.  
Porque así dice el Señor de los ejércitos  
acerca de las columnas, el depósito, el pedestal  
y el resto del ajuar que acén queda en la ciudad:  
Se los llevarán a Babilonia y allí quedarán,  
hasta que yo haga inventario -oráculo del Señor-  
y los saque y los devuelva a este lugar.

¿De dónde deduce Jeremías esta certeza de que Dios ha decidido ¿entregar todos estos territorios a Nabucodonosor, rey de Babilonia!? Podríamos decir que de los acontecimientos y de una interpretación providencialista de la historia. Si Nabucodonosor ha vencido en Carquemis a los egipcios, ha extendido sus dominios por Siria y Palestina, ha deportado ya a buen número de judíos, es porque Dios está de su parte. De lo contrario, nada de eso habría ocurrido. Sin embargo, hay algo en esta argumentación que deja insatisfecho. Con ella podría probarse que Dios acompañó al rey babilonio en el pasado. Pero, ¿quién garantiza que ocurra lo mismo en el presente? ¿Por qué la rebelión es contraria a la voluntad de Dios? Al situarnos en esta perspectiva advertimos que la argumentación de Jeremías no parte simplemente de los hechos; más bien se basa en una revelación divina, que es lo que el profeta aduce.

Así se comprende que ese mismo año en que está fechado el texto anterior (594) se exprese - en privado, no en público- de forma totalmente distinta. Con motivo del intento de rebelión, parece que el rey Sedecías debió ir a Babilonia para aclarar su postura. Entre sus acompañantes figuras Serayas, amigo del profeta. y éste le encomienda el siguiente mensaje:

Castigo futuro de Babilonia (Jeremías 51,59-64)

Jeremías había escrito en un rollo todas las desgracias que iban a suceder a Babilonia. Y Jeremías dijo a Serayas:

-Cuando llegues a Babilonia, busca un sitio y proclama todas estas palabras. Dirás: "Señor, tú has amenazado destruir este lugar hasta dejarlo deshabitado, sin hombres ni animales, convertido en perpetua



desolación". Y cuando termines de leer el rollo, le atarás una piedra y lo arrojarás al Éufrates, y dirás: "Así se hundirá Babilonia y no se levantará, por las desgracias que yo envío contra ella".

No hay motivos serios para dudar de la historicidad de este relato. Pero debemos reconocer que sus palabras nos desconciertan después de los textos anteriores. Son dos caras demasiado distintas para que formen la misma moneda. Sin embargo, así es. Jeremías pide el sometimiento a Babilonia en el mismo instante en que escribe un volumen anunciando la destrucción de dicho Imperio. Otros textos del libro, procedentes quizá de los discípulos, no del profeta, confirman esta idea. En el discurso del capítulo 25,1-14 se afirma:

Toda esta tierra (Judá) quedará desolada, y las naciones vecinas estarán sometidas al rey de Babilonia durante setenta años. Pasados los setenta años, pediré cuentas al rey de Babilonia y a su nación de todas sus culpas y convertiré en desierto perpetuo el país de los caldeos.

En el fondo, para Jeremías lo importante no es aceptar un imperio, sino aceptar los planes de Dios. Porque el imperio, en sí mismo, carece de justificación está abocado a la ruina desde el mismo instante en que comienza a imponer su ley. En la perspectiva teológica del profeta, el imperio recibe al mismo tiempo una palabra de vocación y otra de condenación. Por la palabra de Dios surge, por la misma voluntad desaparece. Sin embargo, entre ambos instantes hay que aceptar los planes de Dios con sus duras consecuencias. Jeremías lo hizo hasta el punto de ganarse entre sus contemporáneos fama de traidor a la patria y de quintacolumnista (ver 37,13-14;38,1-5).

Babilonia como problema teológico (Habacuc 1,2-17; 2,1-20; 3,2-19)

No existe acuerdo entre los comentaristas sobre la interpretación del libro de Habacuc. Pero no podemos dejar de mencionarlo, porque supone una de las reflexiones más ricas y profundas sobre la teología de la historia y el problema del imperialismo. Para no cansar al lector con multitud de opiniones me atengo a la que considero más probable. El profeta ha vivido los últimos años de dominio asirio, que dio paso en Judá a un sometimiento a Egipto, que a su vez cederá el puesto a Babilonia. Es este sucederse de Imperios en pocos años, con las funestas consecuencias de opresión e injusticias lo que hace levantar su voz al profeta. En este caso no se dirige a los hombres, sino a Dios, responsable último de los acontecimientos.

¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio  
sin que me escuches;  
te gritaré: ¡Violencia!, sin que me salves?  
¿Por qué me haces ver crímenes,  
me enseñas trabajos,  
me pones delante violencias y destrucción  
y surgen reyertas y se alzan contiendas?  
Pues la ley cae en desuso  
y el derecho no sale vencedor,  
los malvados cercan al inocente  
y el derecho sale conculcado.

A esta queja del profeta responde Dios:

Mirad a las naciones, contemplad, espantaos:  
en vuestros días haré una obra tal,  
que si os la contasen, no la creeríais.  
Yo movilizaré a un pueblo cruel y resuelto  
que recorrerá la anchura de la tierra  
conquistando poblaciones ajenas.  
Es terrible y terrible: él con su sentencia  
sacará adelante su derecho.  
sus caballos son más veloces que panteras,  
más afilados que lobos esteparios.  
Sus jinetes brincan, sus jinetes vienen de lejos  
volando como rauda águila sobre la presa.  
Todos acuden a la violencia,  
en masa, adelantando el rostro,  
y juntan prisioneros como arena.  
Se mofa de los reyes, se burla de los jefes;

se ríe de todas las plazas fuertes,  
 apisona tierra y las conquista.  
 Después toma aliento y continúa.  
 Su fuerza es su dios.

Habacuc se queja de las turbulencias, reyertas, violencias y crímenes provocadas en el pasado por los asirios, en el presente por los egipcios y el rey marioneta que han impuesto: Joaquín. Ante esta situación, la respuesta de Dios es que él traerá a un pueblo (los caldeos o babilonios, comenta expresamente el texto hebreo en el v.6), que pondrá fin a esa situación. Pero esta solución no puede dejar satisfecho al profeta. ¿Cómo se le ocurre al Dios santo, ¡que no puede contemplar la opresión!, terminar con la injusticia mediante un Imperio tan injusto como el babilonio?

¿No eres tœ, Señor, desde antiguo  
 mi Dios santo que no muere?  
 Señor, lo has puesto en el tribunal;  
 Roca, lo has establecido para que juzgue.  
 Tus ojos son demasiado puros  
 para estar mirando el mal,  
 no puedes estar contemplando la opresión:  
 pues, ¿porqué contemplas en silencio  
 a los traidores,  
 al culpable que devora al inocente?  
 Tú hiciste a los hombres como peces del mar,  
 como reptiles sin jefe,  
 y él los saca a todos con el anzuelo,  
 los apresa en la red,  
 los reúne en el copo y luego ríe satisfecho;  
 ofrece sacrificios al anzuelo, incienso a la red,  
 porque le dieron rica presa, comida sustanciosa.  
 ¿Y va a seguir vaciando sus redes  
 y matando pueblos sin compasión?

Habacuc no puede admitir que ésta sea la respuesta definitiva de Dios. Por eso continúa:

Me pondré de centinela, haré la guardia oteando  
 a ver qué me dice, qué responde a mi reclamación.

Efectivamente, el Señor le responde, con una palabras que han hecho correr ríos de tinta, complicando más que explicando su sentido:

El Señor me respondió:  
 Escribe la visión, grábala en tablillas,  
 de modo que se lea de corrido:  
 la visión tiene un plazo, jadea hacia la meta,  
 no fallará; aunque tarde, espérala,  
 que ha de llegar sin retraso.  
 ¡El arrogante tiene un alma torcida;  
 el inocente, por fiarse, vivirá!  
 Aunque se lance el pérfido, un tipo fanfarrón,  
 nada conseguirá;  
 aunque ensanche sus fauces como el abismo  
 y sea insaciable como la muerte;  
 aunque arranque con todos los pueblos  
 y se adueñe de todas las naciones,  
 todos ellos entonarán contra él  
 coplas, sátiras y epigramas:

Sin duda, el texto es difícil. Pero, si nos atenemos a lo que se ha venido diciendo, la interpretación más obvia parece la siguiente: la invasión babilonia no es la solución definitiva prevista por Dios. Se completa con una visión posterior. Visión extraña, que ¡jadea hacia la meta! y ¡aunque tarde... llegará sin retraso!. Estas últimas palabras resultan desconcertantes. Contrastan el tiempo del hombre (desanimado por la tardanza de la liberación divina) y el tiempo de Dios (convencido de que su plan ¡llegará sin retraso!).

Pero, ¿cuál es ese plan de Dios? Lo dicen las palabras entrecuilladas: el arrogante, sea el Imperio babilonio o cualquier otro, tiene un alma torcida y nada conseguirá, aunque en un primer momento arramble con todos los pueblos y se adueñe de todas las naciones. En cambio, el inocente, los países sometidos, si confía en el auxilio divino, vivirá y terminará entonando un canto de victoria sobre el imperio derrotado. Así lo expresan los cinco ¡ayes! siguientes:

¡Ay del que acumula bien ajeno, ¿por cuánto tiempo?,  
y amontona objetos empeñados!  
De pronto se alzarán tus acreedores, despertarán  
y, sacudiéndote bien, te desvalijarán;  
porque saqueaste a tantas naciones,  
los demás pueblos te saquearán;  
por tus asesinatos y violencias  
en países, ciudades y poblaciones.

¡Ay del que mete en su casa ganancias injustas  
y anida muy alto para librarse de la desgracia!  
Destruyendo a tantas naciones  
has planeado la afrenta de tu casa  
y has malogrado tu vida.  
Las piedras de las paredes reclamarán  
alternando con las vigas de madera.

¡Ay del que construye con sangre la ciudad  
y asienta la capital en el crimen!  
El Señor de los ejércitos ha decidido  
que trabajen los pueblos para el fuego  
y las naciones se fatiguen en balde,  
cuando toda la tierra se llene  
del conocimiento de la gloria del Señor,  
como las aguas llenan el mar.

¡Ay del que emborracha a su prójimo,  
lo embriaga con una copa drogada,  
para remirarlo desnudo!  
Bebe tú también y enseña el prepucio,  
hártate de baldones y no de honores,  
que te pasa la copa la diestra del Señor  
y tu ignominia superará a tu honor.  
El Líbano violentado te aplastará,  
la matanza de animales te aterrará:  
por tus asesinatos y violencias  
en países, ciudades y poblaciones.

¡Ay del que dice a un leño: Despierta,  
y a una piedra: Desperézate. ¿Te va a instruir?  
Míralo forrado de oro y plata, y no tiene alma.  
¿De qué le sirve al ídolo que lo talle el artífice  
si es una imagen, un maestro de mentiras?  
¿De qué le sirve al artífice confiar en su obra  
o fabricar ídolos mudos?  
En cambio, el Señor está en su santo templo:  
¡silencio en su presencia todo el mundo!

Prescindiendo de ciertas dificultades de interpretación, esta copla es una de las acusaciones más enérgicas contra el imperialismo. No preocupa al profeta la opresión de Judá exclusivamente; se sitúa en una perspectiva universal, poniendo sus ojos en todos los países saqueados, destruidos, humillados por la gran

potencia. A costa de ellos se ha enriquecido Babilonia. Pero esta actitud contiene un germen de autodestrucción: ¡destruyendo a tantas naciones han planeado la afrenta de tu casa y has malogrado tu vida!

Hasta ahora, el profeta se ha quejado a Dios, ha discutido con él y esperado respuesta. Por último le pide que intervenga en su época como en tiempos antiguos, cuando se ganó fama de libertador. Y lo hace en un magnífico poema, una visión escalofriante, en la que Dios, como guerrero cósmico, sale de su morada sureña (Temán) para ¡salvar a su pueblo! y terminar con el enemigo.

¡Señor, he oído tu fama;  
 Señor, he visto tu acción!  
 En medio de los años manifiéstala,  
 en la ira acuérdate de la compasión.  
 El Señor viene de Temán,  
 el Santo del Monte Farán;  
 su resplandor eclipsa el cielo  
 y la tierra se llena de sus alabanzas;  
 su brillo es como el sol,  
 su mano destella velando su poder.  
 Ante él marcha la Peste,  
 la Fiebre sigue sus pasos.  
 Se detiene y tiembla la tierra,  
 lanza una mirada y dispersa a las naciones;  
 se desmoronan las viejas montañas,  
 se prosternan los collados primordiales,  
 los caminos primordiales, ante él.  
 Agobiadas veo las tiendas de Cusán,  
 sacudidas las lonas de Madián.  
 ¿Es que arde, Señor, contra los ríos,  
 contra los ríos tu cólera, contra el mar tu furor,  
 cuando montes tus caballos, tu carro victorioso?  
 Desnudas y alertas tu arco,  
 cargas de flechas tu aljaba.  
 Hiendes con torrentes el suelo  
 y al verte tiemblan las montañas;  
 pasa una tromba de agua, el océano fragoroso  
 levanta sus brazos a lo alto.  
 Sol y luna se detienen en su morada  
 a la luz de tus flechas que cruzan,  
 al brillo del relámpago de tu lanza.  
 Caminas airado por la tierra,  
 pisoteas furioso a los pueblos,  
 sales a salvar a tu pueblo,  
 a salvar a tu ungido:  
 destrozas el techo de la casa del malvado,  
 desnudas los cimientos hasta la roca.  
 Con sus dardos atraviesas al capitán  
 y sus tropas se dispersan en torbellino,  
 cuando triunfantes iban a devorar  
 una víctima a escondidas.  
 Pisas el mar con tus caballos  
 y hierve la inmensidad de las aguas.  
 Lo escuché y temblaron mis entrañas,  
 al oírlo se estremecieron mis labios,  
 me entró un escalofrío por los huesos  
 y vacilaban mis piernas al andar.  
 Gimo por el día de la angustia  
 que se echa sobre el pueblo que nos oprime.

Se trata de una visión, un sueño. Algo que tendrá lugar en el futuro, en ese plazo fijado por Dios, que llegará sin retrasarse. Pero, ¿qué hacer mientras tanto? Habacuc lo expresa con unas palabras que desconciertan a muchos comentaristas, porque no hablan de acontecimientos históricos, sino de la naturaleza. Pero el poeta no cambia de temática. Simplemente, traspone el curso atormentado de la historia a imágenes del mundo agrícola y ganadero. Todo aparece abocado al fracaso (Babilonia seguirá dominando, diríamos nosotros), pero esto no impide al profeta mantener su postura de confianza en Dios.

Aunque la higuera no echa yemas  
y las cepas no dan fruto,  
aunque el olivo se niega a su tarea  
y los campos no dan cosechas,  
aunque se acaban las ovejas del redil  
y no quedan vacas en el establo;  
yo festejaré al Señor gozando con mi Dios salvador:  
el Señor es mi fuerza, me da piernas de gacela,  
me encamina por las alturas.

Nahúm, preocupado por la opresión asiria, ofreció como respuesta el castigo de Nínive. A Habacuc esto no le basta. Porque el castigo de un imperio opresor supone su simple sustitución por otra potencia imperialista, más cruel quizá que la anterior. Con ello no se resuelve nada. El problema de la justicia de Dios sigue en pie. Y Habacuc, a pesar de sus diálogos con Dios, no le encuentra solución. Pero supera el problema con una postura de fe, convencido de que todo imperio opresor, cualquiera que sea, terminará siendo castigado. La novedad de Habacuc consiste en que Dios aparece no como quien juzga y condena a un imperio, sino como quien juzga y condena toda forma de imperialismo.

Es absurdo preguntarse si su postura resulta convincente. Habría que preguntarse también si nos convence la actitud final de Job. Porque ambos personajes, partiendo de temáticas distintas, recorren el mismo camino. Y ambos coinciden en no dejarse arrastrar por ideas preconcebidas, en discutir con Dios hasta hallar una respuesta que devuelva la paz y ayude a aceptar sus enigmáticos planes sobre la historia.

#### Dstrucción de Babilonia I (Isaías 13,2-3.17-22)

Aunque el c. 13 se presenta como oráculo contra Babilonia, que recibió el profeta Isaías, hijo de Amós!, la mayor parte de los comentaristas lo considera de autor anónimo. También se advierte que la gran sección central (versos 4-16) no trata de la destrucción de Babilonia, sino del castigo de todos los pecadores de la tierra. La suerte de Babilonia se convierte en punto de partida para el gran castigo del final de los tiempos. Omíto esta sección.

Sobre un monte pelado izad la enseña,  
gritadles con fuerza agitando la mano,  
para que entren por las puertas de los príncipes.  
Yo he dado órdenes a mis consagrados,  
he reclutado a los soldados de mi ira,  
entusiastas de mi honor.  
Mirad, yo incito contra ellos a los medos,  
que no estiman la plata ni les importa el oro:  
sus arcos acribillan a los jóvenes,  
no perdonan a los niños,  
sus ojos no se apiadarán de las criaturas.  
Quedará Babilonia, la perla de los reinos,  
joya y orgullo de los caldeos,  
como Sodoma y Gomorra en el catástrofe de Dios.  
Jamás la habitarán ni la poblarán  
de generación en generación.  
El beduino no acampará allí  
ni apriscarán los pastores.  
Apriscarán allí las fieras,  
los búhos llenarán sus casa,  
anidará allí el avestruz y los chivos brincarán;  
aullarán las hienas en las mansiones  
y los chacales en los palacios de placer.

Ya está a punto de llegar su hora, su día no tardará.  
 Destrucción de Babilonia II  
 (Jeremías 50,22-40)  
 Suena el grito de guerra en el país,  
 un grave quebranto:

¡¡Ay, arrancado y quebrado el martillo del mundo!  
 ¡Ay Babilonia, convertida en espanto de las naciones!!  
 Babilonia, te puse una trampa  
 y has caído sin darte cuenta;  
 te han sorprendido y apresado  
 porque retaste al Señor.  
 El Señor ha abierto su arsenal  
 y ha sacado las armas de su ira,  
 porque el Señor de los ejércitos  
 tiene una tarea en el país caldeo.  
 Le llegó la cosecha: abrid los graneros,  
 apilad sus gavillas,  
 destruid hasta no dejar resto;  
 matad sus novillos, que bajen al matadero;

¡Ay de ellos, les llega el día y la hora de la cuenta!  
 Reclutad contra Babel saeteros, a todos los arqueros;  
 cerrad el cerco, que no escape nadie;  
 pagadle sus obras, lo que hizo hacédselo:  
 se insolentó contra el Señor, el Santo de Israel.  
 Aquí estoy contra ti, insolente,  
 te llegó el día, la hora de rendir cuentas:  
 tropezará la insolente, caerá y nadie la levantará.

Así dice el Señor de los ejércitos:  
 Israelitas y judíos sufren juntos la opresión,  
 los que los desterraron los retienen  
 y se niegan a soltarlos.  
 Pero su rescatador es fuerte,  
 se llama Señor de los ejércitos:  
 él defenderá su causa, acallando la tierra,  
 agitando a los habitantes de Babilonia.  
 ¡Espada!, contra los caldeos,  
 contra los vecinos de Babilonia  
 contra sus nobles y sus maestros.  
 ¡Espada!, contra sus adivinos, que se desconcierten.  
 ¡Espada!, contra sus soldados, que se aterroricen.  
 ¡Espada!, contra sus caballos y carros,  
 contra la turba entre ellos, que se vuelvan mujeres,  
 contra sus tesoros, para que sean saqueados.  
 ¡Espada!, contra sus canales, que se sequen,  
 porque es un país de ídolos  
 que se gloria de sus espantajos.  
 Habitarán allí chacales, hienas y avestruces,  
 por siempre jamás, de edad en edad estará despoblada.  
 Será como la catástrofe de Sodoma,  
 Gomorra y sus vecinas,  
 donde habita nadie ni mora hombre alguno  
 -oráculo del Señor-

La condena del tirano (Isaías 14,5-21)

Este texto, atribuido a Isaías, pero probablemente de autor anónimo, es quizá el mejor de toda la Biblia sobre el problema del imperialismo. Aunque la introducción precedente (14-14) y el final (14,22-23), que omito, lo relacionan con el rey de Babilonia, su perspectiva parece más general. Algunos incluso piensan que describe originalmente la actitud de los emperadores asirios.

Desde el punto de vista literario, es interesante la estructura concéntrica del poema. Comienzan hablando los espectadores, toman la palabra las ¡sombras! o manes, se escucha el discurso del rey, vuelven a hablar las sombras, terminan los israelitas espectadores. La sección central pone de relieve el orgullo del emperador, que piensa escalar el cielo e igualarse al Altísimo. Pero el pecado del tirano no consiste sólo en esto. Hay algo más importante si cabe: su crueldad con las naciones extranjeras y con su propio pueblo. La perspectiva es ética y universal. En ningún momento menciona a Judá o Israel. Lo que preocupa al autor son todos los países golpeados y oprimidos por el tirano, que, con su funesta política, termina ¡arruinando a su país, asesinando a su pueblo!. En la visión del profeta, el imperialismo es un mal que padecen no sólo los pueblos vasallos, sino también el mismo pueblo dominador, víctima de la ambición de sus gobernantes, diezmado por campañas ininterrumpidas. La historia de todos los imperios confirma la verdad esta intuición.

¡Cómo ha acabado el tirano, ha acabado su arrogancia!  
 ¡Ha quebrantado el Señor el cetro de los malvados,  
 la vara de los dominadores,  
 al que golpeaba furioso a los pueblos  
 con golpes incesantes,  
 y oprimía iracundo a las naciones  
 con opresión implacable!  
 la tierra entera descansa tranquila,  
 gritando de júbilo.  
 Hasta los cipreses se alegran de tu suerte,  
 y los cedros del Líbano:  
 ¡desde que yaces no sube el talador contra nosotros!.  
 El Abismo, en lo profundo,  
 se estremece al salir a tu encuentro:  
 en tu honor despierta a las sombras,  
 a los potentados de la tierra,  
 levanta de su trono a los reyes de las naciones,  
 y cantan a coro, diciendo:  
 ¡También te has consumido como nosotros, igual a nosotros,  
 abatido al abismo tu fasto y el son de tus arpas!  
 Por debajo tu lecho son gusanos;  
 tu cobertor, lombrices.  
 ¿Cómo has caído del cielo,  
 lucero hijo de la aurora,  
 y estás derrumbado por tierra,  
 agresor de naciones?  
 Tú, que decías en tu corazón:  
 ¡Escararé los cielos,  
 por encima de los astros divinos  
 levantaré mi trono,  
 y me sentaré en el Monte de la Asamblea,  
 en el vértice del cielo;  
 escalaré la cima de las nubes,  
 me igualaré al Altísimo!.  
 ¡Ay, abatido hasta el Abismo,  
 al vértice de la sima!  
 Los que te ven se te quedan mirando,  
 meditan tu suerte:  
 ¡¿Es éste el que hacía temblar la tierra  
 y estremecerse los reinos,  
 que dejaba el orbe desierto, arrasaba sus ciudades

y no soltaba a sus prisioneros?!  
 Los reyes de los pueblos  
 descienden a sepulcros de piedra,  
 todos reposan con gloria, cada cual en su morada.  
 A ti, en cambio, te han arrojado de la tumba,  
 como carroña asquerosa;  
 te han cubierto de muertos traspasados a espada,  
 como a cadáver pisoteado.  
 No te juntarás a ellos en el sepulcro  
 porque arruinaste a tu país, asesinaste a tu pueblo.  
 no se nombrará jamás la estirpe del malvado.  
 Preparad la matanza de sus hijos  
 por la culpa de su padre:  
 no sea que se levanten y se adueñen de la tierra  
 y cubran al orbe de ruinas.

### 4.3. Persia

El Imperio neobabilónico entra en decadencia tras la muerte de Nabucodonosor, y aunque prolongue unos decenios su dominio no podrá resistir al ataque de Ciro, fundador del Imperio persa. Hacia el año 540 a.C. todos los pueblos sometidos a Babilonia tienen su esperanza puesta en este guerrero, famoso ya por sus campañas victoriosas contra medios y lidios.

El Deuterocanónico, el gran profeta anónimo del destierro, comparte el entusiasmo de sus contemporáneos. Ve avanzar a Ciro, canta sus hazañas, que presenta como victorias conseguidas por el mismo Dios.

Islas, callad ante mí;  
 naciones, esperad mi reto.  
 Que se acerquen a hablar,  
 comparezcamos juntos a juicio.  
 ¿Quién lo ha suscitado en oriente  
 y convoca la victoria a su paso,  
 le entrega los pueblos, le somete a los reyes?  
 Su espada los tritura y su arco los dispersa como paja;  
 los persigue y avanza seguro  
 sin pisar el camino con sus pies.  
 ¿Quién lo ha hecho y ejecutado?  
 El que anuncia el futuro de antemano.  
 Yo, el Señor, que soy el primero,  
 yo estoy con los últimos.  
 Vedlo, islas, y estremeceos,  
 tiemblen los confines del orbe (Is 41-1,5).

El texto que se expresa con más claridad en favor de Ciro se encuentra en el capítulo 45,1-8:

Así dice el Señor a su ungido, Ciro,  
 a quien lleva de la mano:  
 Doblegaré ante él las naciones,  
 desceñiré las cinturas de los reyes,  
 abriré ante él las puertas,  
 los batientes no se le cerrarán.  
 Yo iré delante de ti, allanándote los cerros;  
 haré trizas las puertas de bronce,  
 arrancaré los cerrojos de hierro,  
 te daré los tesoros ocultos, los caudales escondidos.  
 Así sabrás que yo soy el Señor,  
 que te llamo por tu nombre,  
 el Dios de Israel.



Por mi siervo Jacob, por mi elegido Israel,  
 te llamé por tu nombre, te di un título,  
 aunque no me conocías.  
 Yo soy el Señor, y no hay otro;  
 fuera de mí, no hay dios.  
 Te pongo la insignia, aunque no me conoces,  
 para que sepan de oriente a occidente  
 que no hay otro fuera de mí.  
 Yo soy el Señor, y no hay otro:  
 artífice de la luz, creador de las tinieblas,  
 autor de la paz, creador de la desgracia;  
 yo, el Señor, hago todo esto.  
 Cielos, destilad el rocío;  
 nubes, derramad la victoria;  
 ábrase la tierra y brote la salvación,  
 y con ella germine la justicia:  
 yo, el Señor, lo he creado.

Estos textos, y otras breves referencias sueltas en los capítulos 44 y 48 constituyen la visión más positiva de un Imperio extranjero que encontramos en la Biblia. Dios proclama a Ciro el ¡pastor! elegido para cumplir su voluntad (44-28), su ¡jungido! (45,1), su ¡amigo! (48-14). Son los títulos más grandes que podían atribuirse a un hombre; los que habían recibido personajes tan famosos como Abrahán y David. La relación entre el emperador y Dios alcanza aquí el máximo grado de intimidad, supera los binomios artífice-instrumento (Isaías) o señor-siervo (Jeremías). La explicación es bien sencilla. El poder de Ciro es liberador, trae la salvación para los desterrados. Igual que Asiria, Persia cumple una función punitiva; pero no contra el pueblo de Israel, sino contra sus enemigos. En realidad, Deuterocronica no canta al Imperio, sino la llegada de la libertad.

En parte, se equivocó. La libertad estuvo muy condicionada. Es cierto que los desterrados pudieron volver a Palestina y comenzar una tímida reconstrucción de Jerusalén. Pero quedaron sometidos al dominio persa. Y así no nos extraña que pocos años más tarde otros dos profetas, Ageo y Zacarías, se opongan decididamente a este Imperio. El año 520, movidos quizá por las grandes perturbaciones internacionales que siguieron a la muerte del rey persa Cambises, proclamaron la inminencia de la libertad y la restauración de la dinastía davídica.

Recibió Ageo otra palabra del Señor: Di a Zorobabel, gobernador de Judea: Haré temblar cielo y tierra, volcaré los tronos reales, destruiré el poder de los reinos paganos, volcaré carros y aurigas, caballos y jinetes morirán a manos de sus camaradas. Aquel día, oráculo del Señor de los ejércitos, te tomaré, Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío, te haré mi sello, porque te he elegido (Ag 2,21-23).

#### 4.4. Siria

La gran campaña de Alejandro Magno puso fin al dominio persa sobre Judá e inició la época de dominación griega. Propiamente no fue Grecia, sino sucesores de Alejandro Magno en Egipto (Tolomeos) y en Siria (Seléucidas) quienes se disputaron la hegemonía de Palestina.

El siglo de dominio egipcio (323-198) comienza con malos presagios. Segøen Flavio Josefo, Tolomeo I se apoderó mediante engaño de Jerusalén y deportó a Egipto gran cantidad de judíos (Antiquitates Judaeorum XII). Sin embargo, sus descendientes se mostraron más benévulos y comprensivos. Por otra parte, cinco siglos de dominio extranjero habían marcado al pueblo judío. Para que se rebelase o protestase eran precisas circunstancias muy duras. Y éstas no se dieron hasta bien metidos en el siglo II a.C., cuando Palestina era dominada por los Seléucidas y subió al trono de Siria Antíoco IV Epífanes (año 175).

Este rey terminó convirtiéndose en prototipo del opresor, del tirano extranjero déspota y cruel. Las respuestas que provocó su política fueron muy diversas dentro de Judá. La más importante fue la rebelión armada de los Macabeos que terminó con la reconquista de la libertad y de la independencia para los judíos. Otros mantuvieron una postura menos comprometida políticamente, más espiritualista si se quiere. Pero la actitud que ahora nos interesa es la que refleja el libro de Daniel, último reducto del espíritu profético.

La gran sección que abarca los capítulos 2-7 comienza y termina con dos visiones, ambas muy importantes para el tema que nos ocupa. Los Imperios humanos, simbolizados en el primer caso mediante metales, en el segundo mediante fieras, ceden el puesto al Imperio de Dios, representado por ¡el reino de los

Santos del Altísimo!. Este tema, poco desarrollado en la visión del capítulo 2, alcanza su plenitud en la del capítulo 7.

El sueño de Nabucodonosor (Daniel 2, 29-45)

El sueño está precedido por una extensa y amena introducción en la que el rey intenta que sus magos, astrólogos, adivinos y agoreros le cuenten e interpreten un sueño que ha tenido por la noche. Incapaces de ellos, el rey decide acabar con todos. Entonces se presenta Daniel, afirmando: ¡hay un Dios en el cielo que revela los secretos y que ha anunciado al rey Nabucodonosor lo que sucederá al final de los tiempos!. El texto continúa con estas palabras:

Este es el sueño que tuviste estando acostado. Te pusiste a pensar en lo que iba a suceder, y el que revela los secretos te comunicó lo que va a suceder. En cuanto a mí, no es que yo tenga una sabiduría superior a la de todos los vivientes; si me han revelado el secreto es para que le explique el sentido al rey y así puedas entender lo que pensabas.

Tœ rey, viste una visión: una estatua majestuosa, una estatua gigantesca y de un brillo extraordinario; su aspecto era impresionante. Tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies de hierro mezclado con barro. En tu visión una piedra se desprendió sin intervención humana, chocó con los pies de hierro y barro de la estatua y la hizo pedazos. Del golpe se hicieron pedazos el hierro y el barro, el bronce, la plata y el oro, triturados como tamo de una era en verano, que el viento arrebató y desaparece sin dejar rastro. Y la piedra que deshizo la estatua creció hasta convertirse en una montaña enorme que ocupaba toda la tierra.

Este es el sueño; ahora explicaremos al rey su sentido: Tú, majestad, rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha concedido el reino y el poder, el dominio y la gloria, a quien ha dado poder sobre los hombres dondequiera que vivan, sobre las fieras agrestes y las aves del cielo, para que reines sobre ellos, tú eres la cabeza de oro. Te sucederá un reino de plata, menos poderoso. Después un tercer reino, de bronce, que dominará todo el orbe. Vendrá después un cuarto reino, fuerte como el hierro. Como el hierro destroza y machaca todo, así destrozará y triturará a todos.

Los pies y los dedos que viste, de hierro mezclado con barro de alfarero, representan un reino dividido; conservará algo del vigor del hierro, porque viste hierro mezclado con arcilla. Los dedos de los pies, de hierro y barro, son un reino a la vez poderoso y débil. Como viste el hierro mezclado con la arcilla, así se mezclarán los linajes, pero no llegarán a fundirse, lo mismo que no se puede alear el hierro con el barro. Durante esos reinados, el Dios del cielo suscitará un reino que nunca será destruido ni su dominio pasará a otro, sino que destruirá y acabará con todos los demás reinos, pero él durará por siempre; eso significa la piedra que viste desprendida del monte sin intervención humana y que destrozó el barro, el hierro, el bronce, la plata y el oro. Este es el destino que el Dios poderoso comunica a su majestad. El sueño tiene sentido, la interpretación es esta

La identificación de los imperios resulta bastante fácil: el oro, como indica el mismo texto, se refiere al Imperio babilónico. La plata, al Imperio medo-persa. El bronce, a Alejandro Magno, ¡que dominará todo el orbe!. El hierro, a Tolomeos y Seléucidas, sucesores de Alejandro en Egipto y Siria respectivamente; aunque intentaron superar sus disensiones mediante alianzas matrimoniales, nunca lo consiguieron.

Esta visión no subraya el aspecto cruel de los Imperios, sino su simple poder. La del capítulo 7 será muy distinta en este aspecto. Pero lo más interesante del texto es la referencia a esa ¡piedra!, que se desprende ¡sin intervención humana! y termina arrollando a la gran estatua. El autor de Daniel no cree que la lucha armada de los Macabeos sea el mejor método para terminar con una historia de opresión e imperialismo. Prefiere los métodos de Dios, y está convencido de que el Señor actuará. Llevaba razón al desconfiar de los Macabeos; la historia demostrará una vez más que ¡la revolución es como Saturno, que devora a sus propios hijos! (Buchsel, La muerte de Dantón).

Pero, más interesante que su polémica con este movimiento armado, es advertir como desarrolla el tema en la segunda visión, la del capítulo 7.

El reino de los santos del Altísimo (Daniel 7)

El punto final de la reflexión profética sobre el imperialismo podemos situarlo en este capítulo de Daniel. Final, cronológicamente, porque es el último texto de todos los seleccionados. Final, teológicamente, porque se llega a la visión culminante, en que los imperios humanos, simbolizados por fieras, dan paso al imperio de Dios, representado por ¡el reino de los santos del Altísimo!. Lo bestial cede el puesto a lo humano. El plan de Dios termina triunfando. La identificación de las fieras es cuestión debatida, pero la teoría más probable las interpreta del modo siguiente:

El león alado representa a Nabucodonosor como cabeza de Babilonia. Es un animal superior. Cortados los vuelos de su soberbia, puede erguirse en posición humana: concuerda con las actitudes más benévolas y razonables del rey y con sus confesiones del Dios verdadero en otros pasajes del libro.

El oso, medio tumbado, medio alzado, puede indicar que, mientras devora, está dispuesto a atacar; no descansa del todo su voracidad. Las tres costillas simultáneas parecen sugerir también su voracidad. Esta bestia representa al Imperio medo, famoso por su ferocidad.

La pantera, con cuatro alas y cuatro cabezas, representa el Imperio persa, universal en movilidad y poder, atento a las cuatro direcciones y capaz de trasladarse rápidamente.

La cuarta fiera no es identificable, sobrepasa en ferocidad a todas las conocidas. Se trata de Alejandro Magno y del Imperio macedonio, visto por el autor judío quizá a través de la experiencia de una parte de sus sucesores, los Seléucidas, que heredaron el dominio sobre Siria-Palestina, y cuyo principal representante será Antíoco IV Epífanes, ¡que luchó contra los santos y los derrotó!

El año primero de Baltasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño, visiones de su fantasía, estando en la cama. Al punto escribió lo que había soñado:

Tuve una visión nocturna: los cuatro vientos agitaban el océano. Cuatro fieras gigantescas salían del mar, las cuatro distintas.

La primera era como un león con alas de águila; mientras yo miraba, le arrancaron las alas, la alzaron del suelo, la pusieron en pie como un hombre y le dieron mente humana.

La segunda era como un oso medio erguido, con tres costillas en la boca, entre los dientes. Le dijeron: ¡Arriba! Come carne en abundancia!.

Después vi otra fiera como un leopardo, con cuatro alas de ave en el lomo y cuatro cabezas. Y le dieron el poder.

Después tuve otra visión nocturna: una cuarta fiera, terrible, espantosa, fortísima; tenía grandes dientes de hierro, con los que comía y descuartizaba, y las sobras las pateaba con las pezuñas. Era diversa de las anteriores, porque tenía diez cuernos. Miré atentamente los cuernos y vi que entre ellos salía otro cuerno pequeño; para hacerle sitio, arrancaron tres de los cuernos precedentes. Aquel cuerno tenía ojos humanos y una boca que profería insolencias.

Durante la visión vi que colocaban unos troncos,  
y un anciano se sentó.

Su vestido era blanco como nieve,  
su cabellera como lana limpiísima;  
su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas.  
Un río impetuoso de fuego brotaba delante de él.

Miles y miles le servían, millones estaban a sus órdenes.  
Comenzó la sesión y se abrieron los sellos.

Yo seguía mirando, atraído por las insolencias que profería aquel cuerno; hasta que mataron a la fiera, la descuartizaron y la echaron al fuego. A las otras les quitaron el poder, dejándolas vivas una temporada.

Seguí mirando, y en la visión nocturna vi venir en las nubes del cielo una figura humana, que se acercó al anciano y fue presentada ante él. Le dieron poder real y dominio: todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin.

Yo, Daniel, me sentía agitado por dentro y me turbaban las visiones de mi fantasía. Me acerqué a uno de los servidores y le pedí que me explicase todo aquello. El me contestó explicándome el sentido de la visión:

Esas cuatro fieras gigantescas representan cuatro reinos que surgirán en el mundo. Pero los santos del Altísimo recibirán el reino y lo poseerán por los siglos de los siglos.

Yo quería saber lo que significaba la cuarta fiera, diversa de las demás; la fiera terrible, con dientes de hierro y garras de bronce, que devoraba y pateaba las sobras con las pezuñas; lo que significaban los diez cuernos de su cabeza y el otro cuerno que salía y eliminaba a otros tres, que tenía ojos y una boca que profería insolencias, y era más grande que los otros.

Mientras yo seguía mirando, aquel cuerno luchó contra los santos del Altísimo y los derrotó. Hasta que llegó el anciano para hacer justicia a los santos del Altísimo y empezó el imperio de los santos.

Después me dijo:

La cuarta bestia es un cuarto reino que habrá en la tierra, diverso de todos los demás; devorará toda la tierra, la trillará y triturará. Sus diez cuernos son diez reyes que habrá en aquel reino; después vendrá otro, diverso de los precedentes, que destronará a tres reyes; lo blasfemaré contra el Excelso, perseguirá a los santos del Altísimo e intentará cambiar el calendario y la ley. Dejarán en su poder a los santos durante un año y otro año y otro año y medio. Pero cuando se siente el tribunal para juzgar, le quitará el poder y será destruido y

aniquilado totalmente. El poder real y el dominio sobre todos los reinos bajo el cielo serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo. Será un reino eterno, al que temerán y se someterán todos los soberanos.

Fin del relato. Yo, Daniel, turbando con mis pensamientos, palidecí; pero me lo guardé todo dentro.

El autor de Daniel, como gran parte de los escritores apocalípticos, intenta ofrecer consuelo y esperanza a sus lectores en medio de la persecución. Si lo interpretamos literalmente, pecó de optimista. Porque Dios no vino a establecer su reinado ni puso fin a los imperios terrenos. Hubo un período de independencia, pero las revueltas internas terminaron provocando la intervención de Roma.

Sin embargo, el libro de Daniel conserva valor actualmente en cuanto condena radical del imperialismo, en cuanto denuncia de su carácter bestial. El Apocalipsis de san Juan, cuando ataque al Imperio romano, adoptará la misma actitud y la misma clave.

#### 4.5. Conclusión

A lo largo del capítulo, el lector habrá encontrado posturas muy distintas dentro de los mismos profetas. Una antología no equivale a un estudio minucioso. Por ello considero interesante añadir algunas conclusiones que se derivan del estudio atento de los textos.

a) Existe una línea profética que intenta compaginar la existencia de los imperios con la voluntad de Dios. Comienza con Isaías, continúa en Ezequiel, Jeremías y el Deuterisaías. La relación se expresa con criterios de instrumentalidad (vara, bastón: Isaías), servicio (Jeremías) o intimidad (¡mi amigo!, refiriéndose a Ciro: Deuterisaías)! Pero nunca se da en estos autores una aceptación acrítica del imperio. La experiencia lleva a Isaías a rechazarlo. La revelación divina comunica a Jeremías desde el principio que Babilonia será condenada.

b) Otra línea profética se opone decididamente al imperio, cualquiera que sea, por considerarlo incompatible con la voluntad de Dios. Nahúm, Ageo, Zacarías, los profetas anónimos antibabilónicos, representan esta corriente. En general se mueven dentro de coordenadas muy nacionalistas. Como excepción podemos mencionar a Habacuc y el poema de Isaías 14, donde la perspectiva universal es la que justifica la condena del imperio.

c) En líneas generales, podemos decir que los intentos de aceptar el imperio se producen cuando éste surge. En los primeros años de Asiria es cuando Isaías lo acepta. Lo mismo ocurre a Jeremías con Babilonia y al Deuterisaías con Ciro. Sin embargo, los profetas que han vivido una larga etapa de opresión parecen inclinados a condenarlo sin remedio. Esta es la perspectiva que se impondrá en los últimos siglos de la historia de Israel.

d) Comentando las palabras de Pablo a los romanos: ¡No existe autoridad que no venga de Dios! (Rom 13,1), escribe D. Bonhoeffer: ¡Esta frase se dirige al cristiano, no a las autoridades! (El precio de la gracia, pág. 296). Pienso que este mismo principio es aplicable a los profetas de la primera línea. Aunque sus frases resulten a veces muy tajantes, no creo que pretendan justificar al imperio sino indicar la conducta que los israelitas deben adoptar ante él, acatando la voluntad de Dios.

### 5. El Imperialismo Económico

En nuestra época, junto a los grandes imperios militares existen los grandes imperios económicos. Las empresas multinacionales son ejemplo patente de este influjo y poderío. Pero hay también países de pequeña extensión geográfica que han logrado un inmenso poder económico. Suiza es quizá el caso más llamativo. Y el que mejor nos ayuda a entender la denuncia profética contra este tipo de imperialismo. No les preocupa ahora la fuerza militar representada por carros y caballos, que permiten la conquista de extensos territorios. Les preocupa esa obsesión por la riqueza, conseguida con una actividad comercial incesante, que lleva a la soberbia.

En la época de los profetas, quien mejor encarnaba este imperialismo económico era Tiro. Construida sobre una isla rocosa, apenas distante de la costa, casi inexpugnable, ofrecía su puerto a las naves y mercancías de todos los países mediterráneos. Por sus ciudades costeras se mantiene en contacto con los reinos del continente asiático, con los que también comercia. Es como una mediadora mercantil entre el continente y el mar, camino, casi puente, de muchas costas.

Debemos reconocer que son relativamente pocos los textos proféticos dedicados a Tiro. Pero los cuatro poemas del libro de Ezequiel y uno del libro de Isaías son de una fuerza y belleza apasionantes. A veces

plantean serias dificultades de carácter histórico: cuando hablan del castigo de Tiro no sabemos con exactitud a qué asedio se refieren. Pero esta cuestión es secundaria en el conjunto. Lo importante es advertir cómo la palabra de Dios se yergue enérgicamente contra la riqueza y el orgullo.

En esta antología me limito a recoger los poemas contenidos en Ez 27,1-28,19. Pueden completarse con el c. 26 del mismo Ezequiel y con Is 23.

### **Contra Tiro**

(Ezequiel 27,1-36)

Este poema presenta a Tiro en figura de una nave, contando su historia en clave alegórica, pero con riqueza de aciertos descriptivos y en un proceso emotivo auténtico. La construyen, entra la tripulación, la llenan, se hunde, le celebran ritos fúnebres. En medio del poema, cuando la nave se llena de mercancías, Ezequiel o un discípulo ha aprovechado el momento para introducir una larga enumeración: el texto prosaico y prolijo contrasta con la tensión lírica del resto, es como un registro comercial.

Suministra información interesante sobre el comercio internacional de aquellos tiempos; más aún, logra agobiar al lector bajo el peso y variedad de las mercancías; pero para el hundimiento poético de la nave no hacía falta tanta prosa. Una primera lectura, saltándose esa sección central, permitirá captar la belleza del poema primitivo.

Me dirigió la palabra el Señor:

Hijo de Adán, entona una elegía a Tiro. Di:

¡Oh Tiro, princesa de los puertos,  
mercado de innumerables pueblos costeros!,  
esto dice el Señor:

Tiro, tú decías: ¡Soy la belleza acabada!  
tu territorio era el corazón del mar,  
tus armadores dieron remate a tu belleza;  
con abetos de Senir armaron todo tu maderaje;  
cogieron un cedro del Líbano para erigir tu mástil;  
con robles de Basán fabricaron tus remos;  
tus bancos son de boj de las costas de Chipre,  
taraceado de marfil  
tus velas, de lino bordado de Egipto,  
eran tu estandarte;  
de grana y púrpura de las costas de Elisa  
era tu toldilla.

Príncipes de Sidón y Arvad eran tus remeros,  
sabios de Tiro eran tus timoneles;  
senadores y sabios de Biblos tenías de calafateadores;  
todas las naves del mar y sus marineros  
traficaban contigo,  
tenías alistados en tu ejército  
guerreros persas, lidios y libios  
escudo y yelmo colgaban en ti,  
te engalanaban con ellos.

Los de Arvad y Jelec estaban en tus murallas,  
los de Gamad en tus baluartes;  
en tus murallas colgaron sus rodela,  
dando remate a tu belleza.

Tarsis comerciaba contigo, por tu opulento comercio: plata, hierro, estaño y plomo te daba a cambio. Grecia, Tubal y Mosoc comerciaban contigo; con esclavos y objetos de bronce te pagaban. Los de Bet Togarma comerciaban contigo; muchos pueblos costeros negociaban contigo en colmillos de marfil y madera de ébano. Aram negociaba contigo por tu abundante manufactura: granate, púrpura, bordados, hilo, corales y rubíes te daba a cambio.

Judá y la tierra de Israel comerciaban contigo; con trigo de Menit, rosquillas, miel, aceite y bálsamo te pagaban. Damasco acudía a tu mercado por tu abundante manufactura, por tu opulento comercio con vino de

Jelbón y lana de Sajar y cántaros de vino de Izal te daba a cambio; con hierro forjado, canela y caña aromada te pagaba. Dedán comerciaba contigo con mantas de montar.

Arabia y los príncipes de Cadar negociaban contigo; en borregos, carneros y machos cabríos negociaban. Los mercaderes de Sabá y Ramá comerciaban contigo; te daban a cambio los mejores perfumes, piedras preciosas y oro. Jarrán, Canné y Edén, Asiria y Kilmud comerciaban contigo; comerciaban en objetos primorosos, mantos bordados de granate, tejidos preciosos, recias maromas retorcidas; en esto comerciaban contigo.

Naves de Tarsis transportaban tus mercancías;  
 te henchiste y pesabas demasiado  
 en el corazón del mar;  
 en alta mar te engolfaron tus remeros;  
 viento solano te desmanteló  
 en el corazón del mar; tu riqueza, tu comercio, tus mercancías,  
 tu marinería y tus pilotos, tus calafateadores y tus mercaderes  
 y tus guerreros, toda la tripulación de a bordo,  
 naufragarán en el corazón del mar,  
 el día de tu naufragio.  
 Al grito de auxilio de tus pilotos  
 retumbará el espacio;  
 saltarán de sus naves cuantos empuñan remo,  
 marineros y capitanes, para quedarse en tierra.  
 Se escucharán sus gritos, gimiendo amargamente por ti;  
 se echarán ceniza en la cabeza,  
 se revolcarán en el polvo.  
 Se raparán por ti, se vestirán de sayal;  
 llorarán por ti amargamente con duelo amargo.  
 Te entonarán una elegía fúnebre, te cantarán lamentos:  
 ¡¿Quién como Tiro, sumergida en el seno del mar?!.  
 al desembarcar tus mercancías  
 hartabas a muchos pueblos;  
 con tu opulento comercio  
 enriquecías a reyes de la tierra.  
 Ahora estás desmantelada en los mares,  
 en el hondo del mar;  
 cargamento y tripulación naufragaron a bordo.  
 Los habitantes de las costas se espantan de ti,  
 y sus reyes se consternan, demudado el rostro.  
 los mercaderes de los pueblos silban por ti;  
 ¡siniestro desenlace!,  
 dejarás de existir para siempre.

### **Contra el rey de Tiro**

(Ezequiel 28,1-19)

El poema anterior se dirigía a toda Tiro. Este interpela a su principal representante, el príncipe. Y ofrece una variante curiosa del tema que tratamos. En este caso, la riqueza va unida a la sabiduría. Pero como la que pidió Salomón al Señor, ¡para gobernar a tu pueblo y saber distinguir el bien del mal! (1 Re 3,9), sino una sabiduría entendida como habilidad en los negocios, capacidad de acumular oro y plata y acrecentar la fortuna. Esta falsa ciencia lleva al príncipe de Tiro a considerarse un dios, comparándose con un personaje mítico, Daniel, famoso por su sabiduría.

Me dirigió la palabra el Señor:  
 Hijo de Adán, di al príncipe de Tiro:  
 Esto dice el Señor:  
 Se hinchó tu corazón y te dijiste:

¡Soy dios, entronizado en solio de dioses,  
 en el corazón del mar!  
 Tú que eres hombre y no dios  
 te creías listo como los dioses.  
 ¡Si eres más sabio que Daniel,  
 ningún enigma se te resiste!  
 Con tu talento, con tu habilidad,  
 te hiciste una fortuna;  
 acumulaste oro y plata en tus tesoros.

Con agudo talento de mercader  
 ibas acrecentando tu fortuna,  
 y tu fortuna te llenó de presunción.  
 Por eso, así dice el Señor:  
 Por haberte creído sabio como los dioses,  
 por eso traigo contra ti bárbaros pueblos feroces;  
 desnudarán la espada  
 contra tu belleza y tu sabiduría,  
 profanando tu esplendor.  
 Te hundirán en la fosa,  
 morirás con muerte ignominiosa en el corazón del mar.  
 ¿Te que eres hombre y no dios,  
 ¿osarás decir: ¡Soy dios!,  
 delante de tus asesinos,  
 en poder de los que te apuñalen?  
 Morirás con muerte de incircunciso,  
 a manos de bárbaros.  
 Yo lo he dicho -oráculo del Señor-.

Este poema es como una segunda parte del anterior (vv. 11-19) y su propósito es cantar al rey de Tiro como el hombre primordial que, colocado en el jardín de los dioses, peca y es expulsado; conocemos el argumento porque lo recoge también el libro del Génesis en los capítulos 2-3. Por motivos funcionales, el presente poema amplifica la descripción del esplendor primitivo y el castigo, mientras el pecado se sitúa en una línea muy distinta a la de Adán y Eva: aquí se denuncia el comercio lleno de atropellos. Curiosa inserción de un tema cotidiano dentro de un cuadro con carácter mítico.

Me dirigió la palabra el Señor:  
 Hijo de Adán, entona una elegía al rey de Tiro.  
 Así dice el Señor: Eras cuño de perfección,  
 colmo de sabiduría, de acabada belleza;  
 estabas en un jardín de dioses,  
 revestido de piedras preciosas;  
 cornalina, topacio y aguamarina,  
 crisólito, malaquita y jaspe,  
 zafiro, rubí y esmeralda;  
 de oro afiligranado tus zarcillos y dijes,  
 preparados el día de tu creación.  
 Te puse junto a un querube protector  
 de alas extendidas.  
 Estabas en la montaña sagrada de los dioses,  
 entre piedras de fuego paseabas.  
 Era irrepreensible tu conducta  
 desde el día de tu creación  
 hasta que se descubrió tu culpa.  
 A fuerza de hacer tratos,  
 te ibas llenando de atropellos, y pecabas.  
 Te desterraré entonces de la montaña de los dioses  
 y te expulsó el querube protector

de entre las piedras de fuego.  
Te llenó de presunción tu belleza  
y tu esplendor te trastornó el sentido;  
te arrojé por tierra,  
te hice espectáculo para los reyes.  
Con tus muchas culpas, con tus sucios negocios,  
profanaste tu santuario;  
hice brotar de tus entrañas fuego que te devoró;  
te convertí en ceniza sobre el suelo,  
a la vista de todos.  
Tus conocidos de todos los pueblos se espantaron de ti;  
¡siniestro desenlace!,  
para siempre dejaste de existir.